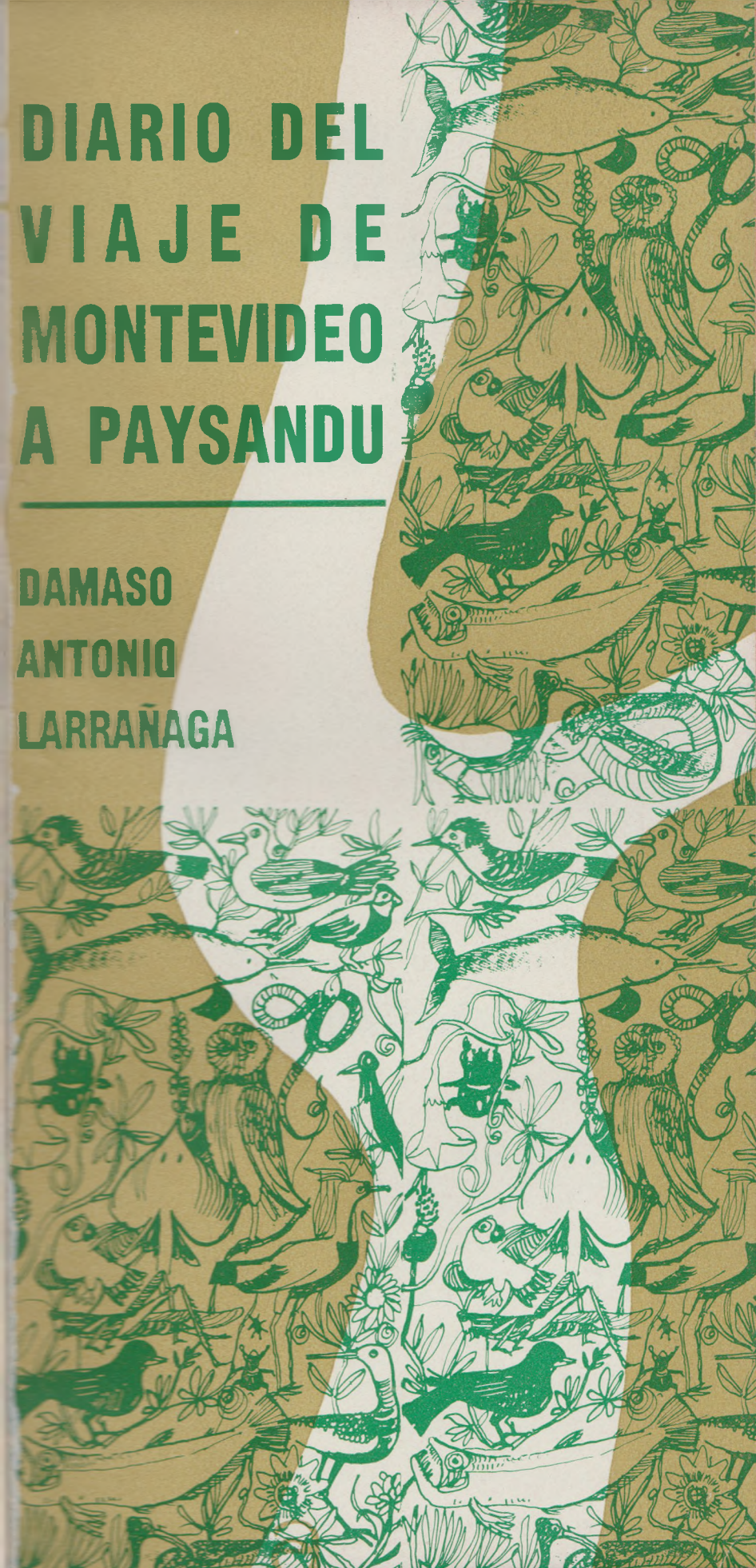
DIARIO DEL VIAJE DE MONTEVIDEO A PAYSANDU

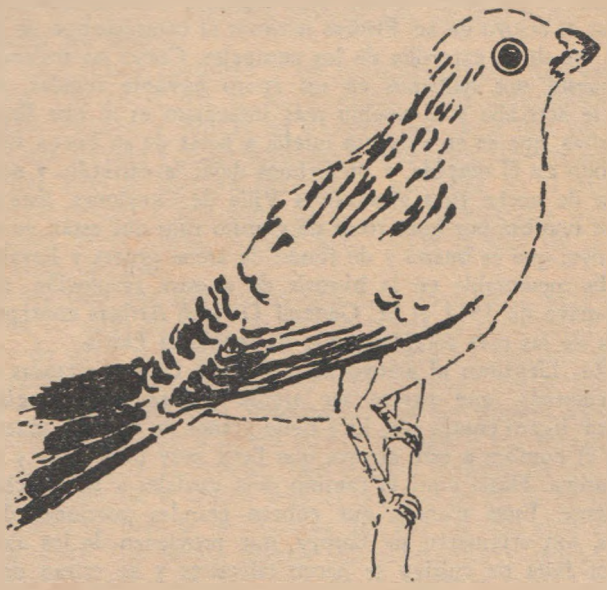
DAMASO ANTONIO LARRAÑAGA



DAMASO ANTONIO LARRAÑAGA

DIARIO DEL VIAJE DE MONTEVIDEO A PAYSANDU

con ilustraciones del autor



Salida de Montevideo

31 DE MAYO DE 1815

12 ¾ horas. A la una menos diez salimos de la Casa Capitular en un buen coche tirado por dos mulas y un cinchero de a caballo, escoltados de ocho hombres con un sargento, los cuatro Diputados por el Gobernador Intendente, el Sr. D. Fernando de Otorgués: don Miguel Pisani, por el excelentísimo Ayuntamiento, el Señor Regidor de Menores don Antolín Reyna, asociado conmigo el Cura y Vicario, y por la Asamblea el R. P. Lector de Vísperas Fr. José Lamas.

Los equipajes los llevaba una carretilla.

1 ¾. Nuestra primer jornada fue a la quinta de dicho señor Regidor, a donde llegamos a las dos menos diez, en donde comimos y tomamos un felpudo para los pies, que es de suma utilidad para llevarlos abrigados, y hace mucha parte de la comodidad.

2 ¾. A las tres menos diez salimos y pasamos por el Paso de Molino, que llevaba tan poca agua que apenas llegaba a las rodillas

de las mulas. El paso es bueno, pero tiene mala bajada que podría remediarse con cien pesos muy fácilmente.

Este arroyo se pone muy frecuentemente a nado y se ha proyectado un puente en el Paso de las Duranas, que en el día está casi abandonado por el mucho lodo y otros inconvenientes originados de una quinta que han puesto en el mismo paso. El puente debe construirse sobre el paso chico, pues en partes se estrecha y tiene buenos cimientos y aún materiales para su construcción en la misma pizarra que está del otro lado y a mi juicio con dos mil pesos habrá bastante. Es esta obra de suma importancia, pues muchas de las huertas que abastecen a la ciudad están del otro lado y con este motivo no hay año que no haya desgracias, o que a lo menos la plaza no carezca de buen surtido.

3 ¾. A las cuatro menos diez llegamos a lo de Ortiz; y antes de pasar el arroyo de las Piedras tuvimos el contratiempo de haberse roto el eje de la carretilla de los equipajes. Como no traíamos otro de repuesto nos hallamos en un apuro bastante regular, pues la noche se acercaba y el pueblo más inmediato es el que llaman de las Piedras, que es en extremo infeliz a pesar de su buena situación.

Todo en él despide, y preferimos dejar la carretilla y equipajes y andar de noche para alcanzar la Villa de Canelones. Este pueblo tiene su nombre por unas rocas de granito rojo que están en el paso del arroyo, que es bueno y de fondo de arena gruesa y llevaba poca agua. Es memorable en la historia de nuestra revolución, pues en 18 de mayo de 1811 el Sr. General D. José Artigas consiguió una victoria de las más completas que ha tenido la Patria.

5 ¼. Llegamos al arroyo del Colorado cuyas barrancas son de tosca colorada, que parece ser arcilla endurecida, ferruginosa, y según un ligero ensayo que hice tiene granos de selenita. Estas toscas le dan el nombre a este arroyo, que lleva muy poca agua y el paso es de arena. Hasta aquí el camino deja cardales a la derecha principalmente. Estas plantas, que cubren grandes porciones de estos campos, son originarias de Europa, que provienen de los alcauciles, que por falta de cultivo se hacen silvestres y se erizan de largas espinas.

La falta de árboles en estas inmediaciones hace que se recurra a ellas para el fuego: los horneros de ladrillo hacen mucho uso de estas plantas.

Algunas otras plantas apreciables encontramos que vestían y hermoseaban el campo, no obstante que ya apuraban los fríos: entre ellas la "oxálide" o "macachines", cuyas raíces producen unas batatillas muy tiernas y de un gusto exquisito; pero a más de este beneficio creo que se pueden sacar otras ventajas de las túnicas de que se componen, y son de un vellón muy fino, como si fuera seda, que cuando no den un hilo fuerte y consistente, podrá servir para pasta de sombreros. No he visto hasta ahora que se haga otro uso que aplicarlas para hacer yesca, metiéndolas en lejía o en agua nitrada.

6 ½. Llegamos al arroyo de las Brujas, nombre cuya etimología ignoro. Aquí entrada la noche, no sólo fuimos privados del hermoso espectáculo de la Naturaleza y de la fragancia de sus flores, sino en su lugar empezamos a experimentar un olor pestilente e intolerable de ciertos animalillos nocturnos, conocidos con el nombre de "hediondos" o "zorrillos" y que deben colocarse en la familia Viverra de Linneo.

En Canelones

A las ocho menos diez llegamos a la Villa de Canelones (que tiene su nombre de unos árboles así nombrados y que debe colocarse en él la "Cabatleria" de la Flora Peruana, como una nueva especie), que está al N.N.O. de Montevideo, a distancia de nueve leguas, y cinco de las Piedras: es uno de los mejores pueblos de esta campaña: tendrá unos ciento cincuenta vecinos; las calles están a cordel, divididas en cuadras o manzanas de cien varas: las casas serán como una tercera parte de azoteas; las restantes tienen los techos de la paja de una grama que forma una especie a quien he puesto el nombre de "Paspalum tectorium"; pero las paredes son de adobe enlucidas y blanqueadas por dentro.

Tiene un Cabildo completo y un comandante con una pequeña guarnición, que en el día es un sargento, todos dependientes del Gobernador Político y Militar de Montevideo; tiene una parroquia con un Cura Vicario y Juez Eclesiástico, que poco hace extendía su jurisdicción hasta la frontera portuguesa, pero que en el día tiene su territorio ceñido a una zona de seis leguas, contadas desde las Brujas hasta Santa Lucía, N.S. y E.O. desde el Río de la Plata hasta la costa del mar.

No hay sino una sola Iglesia que es la Parroquial, muy pobre, y como de 16 varas de largo, de las que la tercera parte es de azotea y el resto de dicha paja. El altar principal tiene un pequeño retablo, de un malísimo gusto; el sagrario está colocado en el zócalo o peinazal (pues es una cosa indefinible) de un dorado viejísimo, todo él cubierto de talla o de un relieve confuso y tan cargado que casi no se distingue el campo; este cuerpo termina en un nicho en que está colocada la titular bajo el nombre de N. S. de Guadalupe; lo mejor de todo es la Dolorosa que hay en otro altar de una buena escultura. Las demás efigies son indecentes y debían quemarse, principalmente un San José de la Sacristía y un Crucifijo aun mucho peor.

Este Pueblo, ha recibido incremento en su población y edificios durante los últimos sitios de la Plaza, por haber destruido todos los edificios de los propios y ejido de la Capital, y transportado las maderas, puertas, ventanas y rejas de dichas casas, con las que se han edificado aquí otras muchas. No tiene sino fábrica de jabón, aunque antes tenía algunos saladeros.

Las Piedras ha conseguido tener una fábrica de suelas, que sería muy conveniente multiplicar en estos pueblos donde hay ya alguna arboleda y cortezas propias para tenerías, como son el sauce, una especie nueva de "salix", el molle, una especie nueva de "Schinus", el guayabo, una especie nueva de "Myrtus", etc. Creo que contribuiría muy mucho al fomento de esta Villa si las tierras que están sobre el arroyo de uno y otro lado despobladas, se repartiesen en suertes de chácaras de quinientas varas de largo y dos (cientas) de frente, que tendrían las ventajas de la leña y agua inmediata, y no que las han ido a colocar en un lugar árido y pobre, en la entrada del Pueblo, tan distante del arroyo, y en este país lo mejor son las tierras bajas y frescas.

JUNIO 1°

A las dos de la mañana llegó una carreta con los equipajes y la carretilla dentro. Luego que nos levantamos fue nuestro primer cuidado habilitarnos de un eje, el que para las once de la mañana

estaba concluido, y nos dispusimos a marchar. Pero estando en este estado, tuvimos la desagradable noticia que dos indios tapes hermanos, que cuidaban de las mulas, y que habían ido a los Cerrillos por otro más, sin duda ebrios, se pelearon y uno de ellos cosió al otro a puñaladas, y últimamente ciego y olvidado hasta de los más íntimos sentimientos de la sangre, lo degolló, dejándolo tendido en el campo. Por la mañana vinieron ambos a la Villa, el uno para darle sepultura en el cementerio, y el otro para asegurarlo en la cárcel, desde donde fue remitido a la ciudad.

Creo que muchas desgracias se podrán evitar si podemos huir de los pueblos, pues he advertido que en ellos su principal negocio es el de las bebidas espirituosas, de modo que son muy pocas las casas de fuerte en que no se haga este tráfico; abuso que las autoridades debían remediar, a lo menos con la imposición de un fuerte derecho, pues así serían pocos los que podrían excederse y contraer un vicio tan detestable en todos respectos así políticos como cristianos.

11 ¾. Salimos de esta Villa después de habernos desayunado con una buena fuente de huevos fritos con tomates y su buen trago de vino, siendo nuestro mesón una pulpería, pues en estos países no hay otras posadas fuera de estas casas, que sirven de todo. Ultimamente nos despedimos del señor Cura y Vicario, Dr. Gomensoro, en cuya casa pasé la noche, y de la honrada familia de D. Sebastián Rivero en donde se alojaron los demás compañeros y de quienes recibimos mil obsequios, y por nuestra parte hicimos lo posible para demostrar nuestra gratitud.

12 horas. A las doce llegamos a Canelón Chico, que distará una milla del pueblo. Está regularmente provisto de árboles, aunque los más están ya muy talados y no producen sino ramazón para cercos de los sembrados y para ellos usan comúnmente de la Tala, una nueva especie de "Celtis spinosa".

12 ¾. A las doce y tres cuartos llegamos al Canelón grande, que distará una legua de la Villa: tiene la misma arboleda y su paso es también de arena como el anterior: ambos llevaban tan poca agua que no subía a las rodillas de los caballos. Después de una milla del camino encontramos un arenal de unas doscientas varas de largo, lo que es muy extraño en estos campos, a distancia de los ríos o arroyos, y mucho más lo fue para mí, después que había observado que desde el Colorado no se encuentran rocas ni piedras hasta aquel punto.

A las dos de la tarde llegamos al Pueblo Villa de San Juan Bautista, en donde tuvimos que demorarnos por estar el río de Santa Lucía a nado, y no haber auxilios para vadearlo. Esta Villa dista de la de Canelones dos leguas al N.O. Fue fundada mucho después de aquella por D. Eusebio Vidal. Sus primeros pobladores fueron unas familias que vinieron de Europa con destino de hacer poblaciones en las costas de Patagones, Río Negro y Puerto Deseado, que al poco tiempo fueron abandonadas, por ser esta costa tan estéril que ni leña tenían con qué tolerar su clima tan frío y desagradable.

No obstante, creo que si los pobladores no fueran tan desidiosos, como después lo han manifestado, hubieran progresado estos pueblos. Ello es que en esta costa se produce muy bien el trigo, y el ganado vacuno se propaga y multiplica tanto o mejor que aquí, como sucede en las Malvinas, que están más al Sur. El trigo, el ganado y la pesca de ballena y lobos marinos (Phoca Linnei) pudieron no sólo mantener estas poblaciones sino enriquecer a sus colonos.

Esta Villa tendrá unos sesenta vecinos: tiene un cabildo y el comandante en los mismos términos que el pueblo anterior. Sus calles están también a cordel, y no son tan lodosas porque su terreno

es algo arenoso. Hay muy pocas casas de azotea, las más son con techo de paja; pero la Iglesia y el Cabildo son de tejado y mejores que los de Canelones, aunque ya amenazan ruinas, principalmente el pórtico de la Iglesia. Esta tendrá unas doce varas; tiene dos altares. En el mayor está colocado el Patrón San Juan Bautista, que era tan pequeño que desde el medio de la Iglesia no podía distinguirlo. Su retablo es más tolerable que el de Canelones, aunque no hay que pensar en gusto ni arquitectura. El otro es el de Jesús Crucificado, que inspira tan poca devoción como el San José de la sacristía de Canelones, y parecen ser ambos de una misma mano.

Hay en esta Iglesia un solo sacerdote que antes tenía renta por el Estado con la obligación de decir misa a los pobladores, quienes también tenían la asignación de un real diario por cabeza, y atenidos a esto no cuidaban de trabajar sino en multiplicarse. Pero antes de la revolución había cesado esta gratificación y el capellán no tiene otros emolumentos que aquellos que le cede el Cura de Canelones, como un ayudante en la administración de Sacramentos.

Lo que llegamos al Pueblo fue nuestra primer diligencia pasar a ver al Comandante. Este nos hizo entrar a su casa y nos recibió con tanto agrado y miramiento que me avergonzó recibiéndonos con una música regular de dos violines, tambora y triángulo, tocados por cuatro Indios de Misiones. Después de recibido este obsequio, le dijimos que nosotros deseábamos pasar la noche en la Villa, y que no queriendo pensionar al vecindario, sería mejor que nos destinase alguna de las casas que estuviesen abandonadas a causa de la emigración durante los sitios de la Plaza, y en donde estaríamos más a satisfacción. Habiendo oído nuestra súplica nos dirigió a una casa que hace esquina en la Plaza, que aunque de azotea estaba muy húmeda y se llovía en la pieza principal, pero nos acomodamos en otra que en otro tiempo fue pulpería, y aunque llena de ratas estaba seca; nos proporcionó cuatro sillas, una mesa y cuatro catres de cuero en donde tendimos nuestras camas y pasamos la noche con algún sosiego.

Uno de nuestros compañeros, el señor Regidor de Menores, tuvo la bondad de cuidar de que se nos proporcionase una buena cena, pues en todo el día no habíamos comido otra cosa que la fritada de Canelones. Su Señoría lo desempeñó tan bien que no faltaron buenos pollos asados y guisados con el mayor primor, buen caldo, hervido, pan, vino y café con cubiertos de plata. Para los peones y escolta se hizo carnear una res, y así nada faltó, no sólo de lo necesario sino aún del regalo.

2 DE JUNIO

Nos levantamos temprano, y desayunamos con una buena tortilla de huevos; fue nuestro primer cuidado preguntar al Comandante si ya habían venido los botes para vadear el río que aún estaba a nado; y como se nos dijese que aún no habían llegado, se dio orden de que se llevasen al paso unas cuarterolas para pasar el coche, pues nosotros pasaríamos en el bote de cuero.

9 ½. Estando todo pronto bajamos al Río a las 9 ½ y allí supimos que el bote de cuero estaba lleno de agujeros y podrido por no haber tenido cuidado de sacarlo del agua y secarlo. Pero tal era el deseo de desempeñar nuestra comisión cuanto antes que nos resolvimos a pasar dentro del mismo coche sostenido por cuatro pipas. Un vizcaíno, botero antiguo en este paso y muy práctico en estas maniobras, acomodó para ello dos cuarterolas, una en cada estribo, y una pipa en la delantera y otra en la zaga, y nos aseguró que eran bastantes, no sólo para el coche que era muy pesado, sino para todos nosotros y aún muchos más dentro de él.

11 ½. A las once y media estaba todo dispuesto. Yo estuve muy divertido viendo la habilidad de nuestros paisanos que miraban estos peligros y el paso del río como una diversión para ellos. Unos se desnudaron y montaron a caballo, ya sin el recado, y se arrojaban al río para probar el lugar en que había menos agua; lo pasaron y repasaron varias veces, pero advertía que así que nadaba el caballo se arrojaban al agua del lado opuesto a la corriente, y agarrándose de la crin lo gobernaban dándole palmadas en la cabeza para que se volviese hacia ella y no se dejasen arrebatar del agua. Otros entre tanto con cueros, hicieron pelotas con el pelo para adentro, formando unos cuatro picos recogidos con huascas y dejando plano el fondo, las cargaron de los fusiles y recados y demás ropa y por medio de unas cuerdas las tiraban o bien por los caballos o bien por ellos mismos a nado a pesar de la mucha corriente. Otros que tenían confianza en su caballo se arrojaban al agua con silla y vestidos llevando el fusil levantado y pasaban muy fácilmente mojándose solamente los calzadores: uno de los que hicieron esto fue el sargento.

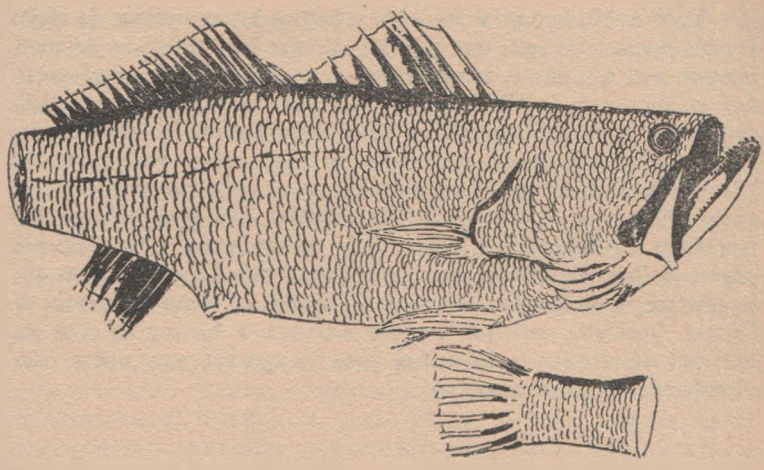
Nosotros que veíamos esto tomamos confianza y nos resolvimos a pasar. Para ello ataron dos lazos largos a la cola de dos caballos, y prendiéndolos al coche tiraban de él como lo hicieran las mulas a la cincha. Este fue para mí y para cualquier otro observador del mundo antiguo un espectáculo tan extraño que creo no se practica sino en América, en donde la falta de recurso hace descubrimientos, cuya práctica será utilísima aun en la misma Europa cuando urge muchas veces vadear los ríos sin puentes en retiradas apuradas o sorpresas del enemigo. Bien que siempre se echaría de menos la destreza de nuestra gente en el caballo.

En fin nosotros pasamos sin la menor desgracia todos, y solamente la carretilla por haber faltado una pipa se le hundió la culata y con este motivo se mojó mucha parte de nuestros equipajes. La culpa de esto la tuvo un negro que quiso pasar agarrado de una de ellas, y haciendo esfuerzos la desprendió; pero los otros se embarcaron en las pelotas y pasaron perfectamente.

1 de la tarde. A la una caminamos porque fue preciso demorarnos un poco para secar la ropa y algunos papeles que se mojaron con nuestros equipajes.

2. A las dos de la tarde llegamos a la estancia de Cardoso con el fin de mudar caballos y mulas. Yo deseaba reconocer unos árboles que desde lejos me parecían frutales, cosa que creía extraña, pues había advertido que ni aun en las chácaras de Santa Lucía se encontraban, y había mucho descuido en esta parte, ceñida toda su agricultura al trigo, maíz y zapallos, pero así que llegamos conocí que era un bosque de talas corpulentos. De aquí salimos a las tres con destino a Cagancha. Todo este camino es llano y tan abundante de pastos que así que nos ladeamos un poco nos parecía que íbamos sobre un colchón de heno: tanta es la grama de que están cubiertos estos campos, principalmente en el día, en que no hay aquellas manadas de caballos y ganados que en otro tiempo había. Este camino está enteramente despoblado, pero a una distancia hacia la derecha se dejaban ver muchas poblaciones.

5 ½. A las 5 ½ llegamos a Cagancha. Este arroyo entra en San José, no tiene arboleda y su paso es pantanoso y hondo, de modo que fue preciso para salir poner tres tiros de caballos más. La casa en donde nos alojamos era del comisionado Nieva. Esta campaña, a más de los cabildos que hay en los pueblos, tiene Jueces comisionados en cada Partido o Distrito en que está dividida. Son nombrados, no por los Cabildos inmediatos, sino por el Excmo. Cabildo de Montevideo en consorcio de su Presidente que es su Gobernador. La elección recae sobre algún vecino del mismo Partido,



y puede hacer sumarios, apresar los delincuentes auxiliado de los mismos vecinos, y transar algunas pequeñas diferencias que entre ellos se suscitan.

La casa de este vecino comisionado estaba reducida a un rancho de paja enlucido y blanqueado por dentro, con un pequeño repartimiento para su familia, acomodándonos nosotros en la salita que sería de unas cinco varas. No tuvimos otros catres que un cuero sobre el suelo en donde tendimos nuestros colchones. Cenamos a las ocho y media buenos patos y pollos bien sazonados, caldo y hervido: no faltó pan, manteles ni cucharas de hierro estañadas, platos de loza y jarros de lo mismo. Nosotros pusimos el vino y así nada nos faltó. Para los peones y escolta se mató una res y comieron sus asados y churrascos, que son unas tiras de carne largas, tiradas sobre las brasas, sin más condimento ni sal.

3 DE JUNIO

Al ser de día nos levantamos, tomamos nuestro mate con azúcar que llevábamos, y pasé a informarme y observar algo, pues habiendo llegado casi de noche no tuve tiempo sino para concluir el oficio divino. Yo observé que tenía esta casa, a más de la habitación en que dormimos, su cocina y otros galpones de paja, pero en muchas partes arruinados, y que nuestra gente había preferido dormir afuera con un gran fogón de leña en donde estaban ya tomando su té del Paraguay y sus asados. Un poco distante de la casa, en lugar bien ventilado encontré unas pieles enteras de buey abiertas por el lomo y sostenidas de cuatro postes llenas de trigo, y que en este país llaman "noques". Se escoge para esto uno de los bueyes más corpulentos, y como los de este país, lejos de haber degenerado la raza europea, como quiere el sistemático Buffon, han mejorado tanto y adquieren un volumen tan extraordinario, en dos pieles de estas frescas y estiradas con el mismo peso del trigo, caben sobre treinta y tres fanegas de este grano. Yo creo que después de lo mucho que se ha discurrido en Europa sobre la conservación de los granos, nada hay que les iguale a nuestros "noques", que conservan el trigo sin humedad y sin gorgojo.

Nuestro Regidor, el caballero Reyna, que estaba sumamente impaciente por llegar, hizo levantar nuestra gente para que sacasen las mulas y caballos del corral y saliesen a pastar un poco, pues en estos países no se acostumbran pesebres ni se destinan otros granos para las bestias que los que la fecunda naturaleza produce espontáneamente en ellos.

Todo estaba pronto a las 7 ½, y hechos los cumplidos de estilo a estos buenos vecinos, que a pesar de que han padecido de todo, siempre nos recibían y trataban con el mayor obsequio y generosidad, salimos para la Villa de San José por un camino llano, abundantísimo de prados naturales y sin ningún estorbo ni arroyo hasta el de Carreta Quemada, que dista su paso como dos millas del Pueblo. Este es bueno para carruaje, y aunque un poco hondo, apenas llegaba al encuentro de los caballos. Del otro lado ya nos esperaban algunos vecinos con auxilio de cincheros, y así llegamos pronto al Paso del Río de San José, que tendría la misma agua que el anterior, y su fondo era arenisco. Este Río, como el arroyo de Carreta Quemada, está provisto de arboleda y los sauces eran los que más descollaban entre todos, pues ya quedan muy pocos talas corpulentos en estas cercanías.

En San José

10. A las 10 de la mañana llegamos a la Villa de San José, que dista al N. del Paso una milla, y se sube hasta el Pueblo, por estar este en una altura o colina; y presentaba una buena vista desde lejos. Desde luego advertí que sus edificios e Iglesia eran sin duda mucho mejores que los de los Pueblos anteriores, y que puede ya en el día competir en población. No hay sino una Iglesia que es la Parroquial; es de bóveda y recién construida; tendrá de largo unas veinticinco varas; es elevada, pero le falta aún el campanario, teniendo colgadas de la fachada unas tres campanas medianas: tiene estribos a los lados para mayor seguridad de la bóveda. La fachada carece de pórtico y no tiene orden alguno, sino unas muy malas pilastras. Las puertas eran provisionales hechas de tablas toscas clavadas. El altar mayor carece de retablo y no tiene sino una mesa de ladrillo, vestida de yeso al estilo de las de Montevideo. El Titular, que es San José, está en un nicho dentro de la pared: su efigie es regular, lo mismo que una Dolorosa pequeñita que hay en el otro altar.

Pasamos en la casa del Cura, en donde su teniente y condiscípulo D. J. F. Larrobla, por ausencia del Cura, nos recibió; tenía ya el almuerzo pronto de té con leche y unos pollos asados, los que unidos a una buena fritada de huevos y chorizos, que ya en otra parte tenía dispuestos nuestro Regidor, con buen pan y vino, nos sirvió de comida hasta la noche.

12. A esta hora llegaría el Cura, el Dr. Peña, y quiso acompañarme para que observase el Pueblo, principalmente las muchas casas que estaban haciendo recientemente, pero con el sentimiento de que éstas se construían en los extremos del Pueblo a la banda del Río y quedaba aún despoblada la Plaza e inmediaciones de la Iglesia por haber caído estos terrenos en vecinos pobres o que, teniendo posesiones afuera, no cuidaban de edificar. Igual queja había oído al Cura anterior; y ciertamente debía esto remediarse, pues estas reparticiones, como todas, se dan en América con la obligación de poblarlas.

Hay en esta plaza, mirando al E., la parroquia y una pequeña casa Capitular, perteneciente al medio Cabildo, que hay en este pueblo. El Cura tiene una casa mirando al N., con otros ranchos contiguos: todo lo demás está despoblado. Las calles tienen mucho lodo, y el mismo orden que los pueblos anteriores. Hay también,

como en éstos, un Comandante, Capitán de las tropas de la Patria, que protege mucho a este Pueblo, que será siempre memorable por haberse ganado en él la primera victoria al mando de Don Manuel Artigas y Benavídez.

1 de la tarde. A la una salimos después de mil demostraciones de gratitud por el agasajo y auxilio que recibimos para nuestro viaje. Habíamos antes hecho provisión de pan, yerba, vinagre, ají y un queso, pues no pudimos encontrar más, ni mucho menos manteca de vaca, y aun la leche para el té se encontraba con dificultad, según me lo aseguró el Teniente Cura, porque con la guerra civil de la campaña no se encuentra una vaca, y apenas hay los bueyes precisos para arar.

Todo el camino de esta tarde fue costeando el Río de San José, y tiene muchas chácaras, y algunas eran de azotea. A las dos leguas encontramos el arroyyo de Jesús María, y poco después varias otras cañadas, todas ellas pantanosas; a tres leguas más adelante se halla un arroyo llamado del Sauce, tiene arboleda y aunque pequeño, el paso fue de los más hondos después del de Santa Lucía, de modo que tuvimos que andar con los equipajes.

A la legua se encuentra el arroyo del Espinillo con arboleda y buen paso; pero era entrada la noche y nos fue preciso parar, para hacer noche en unos ranchos que se nos presentaron. Pedimos posada al dueño de la casa, que nos dijeron se llama D. Bernardino Baca, la que nos concedió sin la menor repugnancia. Por este mismo vecino supimos que distábamos siete leguas de San José, al N.O. La casa era pobre y nos acomodamos en unos catres de cuero y otros en el suelo tendiendo colchones sobre cueros.

La cena fue abundante y sazonada al estilo del país: en todo entraba el zapallo. Lo primero que nos presentaron fue un zapallo bubango ("cucúrbita" Linnei) asado, para que nos sirviese en lugar de pan, y aunque hicimos sacar el que habíamos comprado en la Villa, y dimos de él al dueño de la casa, yo tuve más gusto en preferir nuestro zapallo, que era tan exquisito que igualaba a las mejores batatas ("convólvulus batatas" Linnei). El guiso de pollos estaba también espesado con zapallo: el hervido tenía grandes tajadas de lo mismo. Hubo mesa y manteles, pero no había cucharas, sino conchas ("Mya aut Mytilus" Linnei). Aunque todo esto indicaba que ya nos íbamos alejando de los pueblos y de sus comodidades, yo encontré un artefacto en este pobre rancho, que aún no había visto en nuestras ciudades. Esto fue un telar para hacer pellones azules, que viene a ser un tejido parecido a un tripe de lana ordinario. Los hilos del urdimbre y trama eran de lana blanca, pero cada vez que pasaban la lanzadera, tenían la paciencia de ir colocando la felpa azul mecánicamente en cada dos hilos de la urdimbre; y así las mujeres más diestras tardan lo que menos quince días para hacer un pellón de estos, que tendrá seis cuartas de largo y la mitad de ancho, no pudiendo venderse en menos de una onza de oro. Este telar era vertical en forma de bastidor; una de sus cabezas estaba asegurada en el suelo, y la otra en un tirante o viga del rancho; era cosa muy sencilla, pues en lugar de peine usaban de otros hilos asegurados a tres o cuatro manijas, como se verá en un dibujo por separado.

4 DE JUNIO

A las seis de la mañana ya estábamos en pie para activar a los peones y dar algún pienso a los animales; y como debíamos caminar por despoblado se mandaron asar algunos pollos para el camino. En fin, a las diez nos despedimos y emprendimos nuestra marcha en dirección a la cuchilla para evitar arroyos y huir de las

asperezas de Mahoma que nos quedaban a la derecha llevándolas a una vista. Antes de tomar la cuchilla, a las dos leguas de nuestra salida, vadeamos sin dificultad el paso del Chaná que es algo pantanoso. Tomamos después la cuchilla teniendo siempre a la vista por la derecha el Río de San José, y por la izquierda las asperezas de Mahoma.

Sobre esta cuchilla se encuentran muy pocos pastos y así, a los costados varias rocas de granito rojo y de asperón; pocas pizarras y algunas me parecían de la misma naturaleza que las de los cerritos de Montevideo. Los únicos mamales que encontramos fueron cinco venados ("cervus"... Linnei). Estos y los zorrillos ("Viverra vittata" Linnei) es todo lo que en esta clase he observado desde que salimos de Montevideo; pues aunque encontramos algo más adelante unos veinte cerdos en este despoblado, no son indígenas del país, sino piaras alzadas, que se alimentan de muchas raíces silvestres de que hay abundancia en estos campos, y principalmente el vis-vis que es una especie de "Ferraria" y de los macachines ("Oxálides").

5 ¼. A las cinco y cuarto llegamos a la Estancia de Casco, que dista de San José unas catorce leguas; y así incluyendo los rodeos de la cuchilla, creo habremos andado en este día diez leguas. Cuando llegamos ya estaban los asados prontos para nuestra gente en grandes fogones, y aunque era esta la casa principal, estaba abandonada y no servía sino de guarida a innumerables piaras de cerdos que se recogen dentro de noche. Todas las piezas tenían la mayor parte de los techos sin paja, y no encontrando abrigo alguno, los mismos peones nos aconsejaron que fuésemos a hacer noche en unos ranchos más abajo a distancia de una milla en donde encontramos mejor posada por hallarse en ellos la familia. Pero así que nos acercamos, desde luego conocimos la mala noche que nos esperaba, pues no había sino una pequeña pieza con una malísima ramada, toda llena de sacos de trigo y de noques de sebo. En esta ramada fue preciso alojarnos al abrigo de unos cueros que se pusieron a los costados. Pero era tan grande el frío y helada de la noche, que fue necesario traer fuego para medio templar nuestra choza.

Tratamos de cenar prontamente y meternos en nuestras camas tendidas en el suelo sobre cueros a fin de abrigarnos con nuestras cubijas. Nuestro mayor cuidado en medio de tantas incomodidades era atar bien los cueros que servían de parapeto, ya no tanto para el frío cuanto por temor de los perros rabiosos de que, para nuestra desgracia, hay muchos en esta campaña, y acababan de matar uno en este mismo día, que vino a los ranchos. Esta plaga la experimentamos desde la guerra última de los ingleses.

Nuestra cena se compuso de un plato de perdices con maíz en forma de locro, de guisado de vaca, hervido, y de una pica asada con cuero, que viene a ser la parte posterior de la anca con las primeras vértebras de la cola, asado muy favorito del país; ésta nos fue presentada sobre un cuero.

El lector habrá observado que para todo usamos de estas útiles pieles que formaban por otra parte el renglón más rico de nuestro comercio. Los botes de los ríos y la balsas, los aperos de montar, las sillas, los catres, las botas de los peones, muchos techos y puertas de las casas de campo, en todo esto entran los cueros. El sebo es la medicina más común, bien aplicado exteriormente en forma de madurativo, o bien interiormente en agua caliente para los resfriados, tos y otras enfermedades del pecho. Los mismos huesos sirven para el fuego; de las cabezas forman una silla y de las vértebras candeleros, como lo hemos visto nosotros mismos en cierta posada. De la misma bosta o estiércol usan para el fuego y para el reboque o enlucido de los ranchos. En fin, nada encuentro más

útil que el buey en estos países, prescindiendo de la labranza, acarreo, etc., y así tenía el mayor sentimiento al observar estos campos desnudos de unos animales tan útiles.

Estas reflexiones me ocuparon después de la cena, en la que no faltaron manteles, cucharas ni platos; también tuvimos pan y aumentamos la ración del vino para hacer más tolerable la noche. Esta la pasamos bien incómoda, pues el frío y el cuidado de los perros rabiosos me dispertaban a cada momento; y cuando esperaba que al acercarse la mañana dormiríamos, tuvimos la desgracia de tener la ramada llena de gallos que a competencia nos cantaban al oído. En fin llegó el día, que ya deseaba con ansia, y me levanté inmediatamente para meterme en el coche y continuar mi diario. Mientras tanto se mandaron asar unos pollos, que aunque grandes, nos pidieron un real solamente por cada uno; los que con el queso, pan y vino sirvieron de nuestro desayuno. También compramos unas 16 perdices que nos costaron cuatro reales todas juntas, pues en estas alturas son tan abundantes y mansas, que sin pólvora ni munición se cazan muy fácilmente con sólo una vara desde a caballo.

5 DE JUNIO

10. A las diez de esta día salimos de nuestra posada, que mis compañeros la pusieron por nombre la "Venta de mal abrigo". Pero no obstante todo esto, nosotros quedamos agradecidos y nos hacíamos cargo de la ruina que han experimentado estos buenos vecinos que tuvieron que abandonar sus casas y recién las estaban reparando, y yo observé que tenían cortada la paja para los techos, y la horca para abrigar los costados y paredes, y así nos despedimos compadecidos de sus trabajos.

12 ½. A las doce y media llegamos al arroyo de Monzón, distante tres leguas de nuestra salida. El paso es bueno y este arroyo está bien provisto de árboles de la misma especie que la de los anteriores. Así que pasamos nos dijo su Señoría D. Antolín Reyna que ya estábamos en sus estados, y efectivamente cada estancia de éstas tiene tantas tierras que muchas provincias y aun repúblicas de Europa no tienen tanta extensión. Era esta la primera vez que venía a su posesión y encontró sobre este majestuoso río varios colonos de que no tenía noticia: los hizo venir, y no les impuso otra pensión que, alimentándose como lo hacían, de sus ganados, le conservasen los cueros y sebo, y ayudar a las faenas de la estancia, como son marcar, recoger o parar rodeo. Los que siembran no tienen otra pensión, en este país, que pagar la semilla o tantas fanegas cuantas echan en tierra.

En estas órdenes y en mudar las mulas y caballos nos demoramos media hora, y así seguimos nuestro viaje a la una de la tarde atravesando la estancia. Aquí fue la primera vez que vi algunas vacas divididas en pequeñas porciones, pero la yeguada ascendía a millares. Este fue para mí un espectáculo enteramente nuevo. Lejos de huir de nosotros estos caballos salvajes, que aquí conocemos con el nombre de "baguales", venían desde largas distancias a reconocernos y desfilaron por delante de nuestro coche. Los peones, y aún nuestra escolta, todos hombres de campo, no pudieron contenerse y sacando sus bolas y lazos, corrían tras de los baguales como unos galgos. Esta caza es para ellos tan divertida como correr tras de un corzo o de un jabalí en Europa. Un hombre solo, sin más instrumento que las bolas, da en tierra con toda la fogosidad de estos animales: a todo correr despide las bolas a los pies traseros, y se envuelven de tal modo que tienen que pararse en medio de la carrera: baja después de su caballo, lo manea de los pies delanteros, y tendido en tierra lo ensilla, abandona su caballo ya rendido y

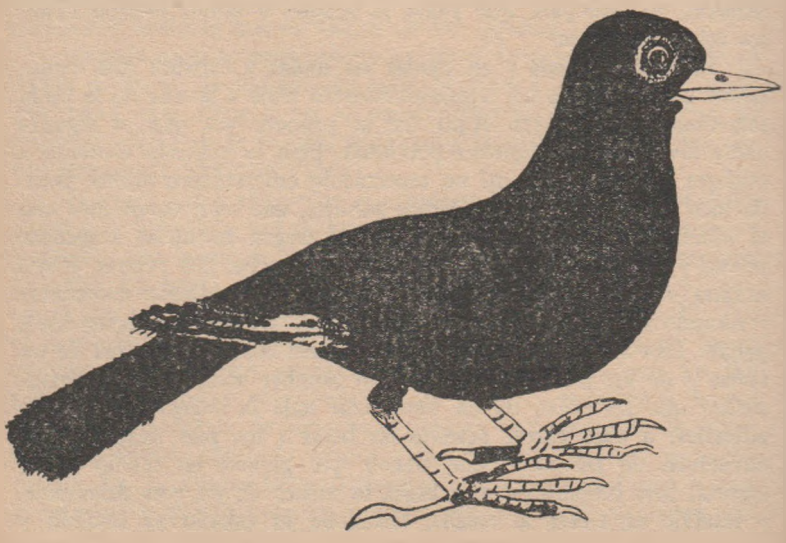
monta en su potro, y sale este como una furia corriendo y dando tantos corcovos cual se puede imaginar cualquiera que sepa lo que es la fogosidad de animal tan valiente. Las fieras mismas más temibles, como el jabalí, los leones ("felis cóncolor"), el tigre ("felis onça") se rinden al lazo y bolas de nuestros paisanos, y así son tan comunes sus pieles en nuestro mercado.

4 ½. De este modo todos íbamos tan divertidos que cuando creíamos estar muy distantes de la casa de nuestro Regidor, nos encontramos en ella a las cuatro y media de la tarde, habiendo caminado este día unas nueve leguas. Contribuyó mucho para nuestra pronta llegada el auxilio de caballos que nos proporcionó un joven muy activo, oficial de la Patria, que desde San José se nos ofreció, luego que supo la importancia de nuestra comisión y se llama D... Duarte.

La casa de nuestro Regidor es de las mejores que hay en esta campaña; toda ella es de cal y canto y mucha parte de ladrillo, con azotea, buenas vigas y alfajías de lapacho, enlucida y blanqueada por dentro y fuera, con 16 piezas capaces distribuidas en dos patios, teniendo a la entrada un oratorio. Pero luego (que) llegamos supimos que había sido saqueada: no obstante no faltaron catres ni mesas. Aquí pasamos una noche del todo contraria a la anterior. El dueño de casa dio orden que se matase una vaca, una ternera, un cordero y seis gallinas, que con las 16 perdices celebramos las bodas de Camacho: los platos que nos presentaron eran tan grandes que parecían bateas, y hasta los peones comieron aves, y con el auxilio de algunas robinsonadas que celebramos mucho con muy buenos tragos de vino, sus marchas patrióticas y graciosos entremeses, que con mucha sal nos relataba el Rdo. P. Lector Fr. José Lamas, sujeto adornado de muy buen humor, y de una memoria de las más felices que he conocido.

6 DE JUNIO

Después de una noche en que reparamos la falta de sueño de las anteriores, nos levantamos a la hora acostumbrada, y noté el campo blanqueando con la helada que había caído durante la noche y que el buen abrigo y fuego no nos habían permitido advertir hasta que salimos. Yo, después del oficio divino, pasé a observar con más cuidado la posesión, que está situada sobre una pequeña



colina de piedra de cal, o más bien de un mármol color carne, muy compacto, con fractura concoide, bordes muy cortantes y algo transparentes. Creo admita un buen pulido y que más abajo haya piezas mayores, pues las de arriba están todas horadadas y cuarteadas en bancos pequeños como se dejan ver sobre la barranca del arroyuelo que está cerca de la casa.

Hay un horno de cal que puede contener unas mil fanegas; y por esto esta posesión tiene el nombre de la "Calera" de Peralta, su anterior dueño: tiene todo lo necesario para ello, un gran galpón para la cal al pie del horno, el agua a unas cincuenta varas, y a tiro de fusil el arroyo del Perdido abundante en leña; pero noté que las que quemaban eran demasiado grandes y desiguales, y por esto en cada hornada consumen doscientas carradas de leña y darían pronto fin de los árboles si no partían la piedra en partes menores y no dejaban en el corte de leña la horqueta y pendón, como está prevenido por las leyes de Indias.

Tiene esta casa su fragua y herrería para los picos y barretas y otros instrumentos de canteros; hay también piezas para salar carnes y para jabón, de modo que, sosegadas nuestras turbulencias, tendrá en ellas nuestro Regidor un Marquesado. La cal y demás productos de la estancia se conducen en carretas al puerto de San Salvador, que dista 14 leguas, y de allí se conducen en carretas al puerto de San Salvador, que dista 14 leguas, y de allí se conducen a Buenos Aires por el río que dista unas diez leguas. El almuerzo fue correspondiente a la cena.

10. A las diez salimos e inmediatamente encontramos el arroyo del Perdido con arboleda abundante de molles, sauces y talas: el paso era bueno pero volvimos luego otra vez a pasar el Perdido, que no pude comprender si sería un seno o un gajo, y que tenía un paso hondo y de mala salida.

11. A las once llegamos a la estancia de Juana Flores, que distaría una legua, en donde mudamos caballos: la casa es de paja pero bien acondicionada y capaz. Tomamos un poco de leche que no habíamos conseguido en todo el viaje fuera de la que tomamos con té en San José. Aquí observé un palomar cuyos nidos eran de cueros sostenidos de unas huascas o correas pendientes de las aletas del rancho: entre las palomas había una torcaza del país sumamente mansa y hacía muy buena liga con las caseras.

11 ½. A las once y media salimos con dirección a la estancia de Blanco que en el día sirve de posta: la casa es también de paja y no falta alojamiento: hay palomas y un montecito de duraznos. Esta estancia dista cinco leguas de la anterior; el camino que trajimos está lleno de yeguas y algún ganado; se pasan algunos arroyuelos que en tiempos de lluvias deben ser de difícil paso; encontré mucha piedra de cal en todo este camino; pero no hay más leña que unos cardales inmensos que en partes forman horizonte. Llegamos a las dos de la tarde y habiendo mudado caballos salimos cerca de las tres de la tarde para la estancia de Mendoza que está sobre Cinquimbo de este lado. El camino es llano y encontramos una calidad de piedras que parecían toscas rojas y ferruginosas; encontramos alguna burrada, cerdos y poco ganado. Llegamos a las cuatro y media y, según nos informaron, hay tres leguas desde la posta, y así en este día hemos hecho una jornada de nueve leguas.

La habitación era reducida, pero en ninguna parte hemos sido recibidos con más agrado; la cena fue abundante y no faltaron asados de vaca, pollos, buen pan, mesa, manteles y cucharas de metal amarillo. Había un solo catre de cuero, pero tan grande que temiendo ocupase toda la pieza, preferimos tender nuestros colchones en el suelo sobre cueros. Toda la casa estaba rodeada de estacada con el objeto, según nos dijeron, de preservarse de los muchos perros

cimarrones rabiosos que abundan en estos campos. A más del que vimos en la Posta del Mal Abrigo, vimos otro muerto en la Posta de Blanco.

Con este motivo procuré recomendar a estos vecinos que inmediatamente que se sintiesen mordidos tratasen de dilacerar la herida, cuidando de no dejarla cerrar auxiliándose de algún cáustico, aunque fuese con un hierro caldeado, pues esta es la única e infalible medicina contra la hidrofobia o rabia. También les hablé de algunas yerbas que recomienda últimamente el Sr. Cavanilles en sus Anales, como son el "Echium vulgare" o borraja cimarrona, que cubre nuestros caminos, y la "Anagálide roja" que no es menos abundante. Hay también el cardo corredor o "cardancha", que aunque no sea el mismo que el de Europa, creo tenga las mismas virtudes. De todas estas plantas secas y pulverizadas se toman como dos narigadas por dos veces en diez o doce días, y sin más régimen, asegura dicho autor haberse hecho curas prodigiosas. Yo he hecho la experiencia y surtió buen efecto en un pobre paisano, bien que no puedo asegurar se debiese a esto solo la cura, pues ya se había aplicado otros innumerables remedios.

7 DE JUNIO

Nos levantamos a la hora acostumbrada; el campo estaba cubierto de una helada aún mayor que la de la noche anterior. Así que salió el sol recibimos un chasque de D. Manuel Villagrán, que tuvo la bondad de conducir un pliego que escribimos al Sr. General en Jefe desde la Venta del Mal Abrigo, avisándonos que dicho Señor General no estaba en Mercedes, y que aún se halla en Paisandú, a donde había remitido nuestro oficio el mismo día 6 que llegó a la villa.

10. A las diez después de un buen almuerzo salimos para Mercedes, que ya nos distaba seis leguas solamente. El amo de la casa nos vino acompañando y nos facilitó caballos, nos enseñó el paso de Coquimbo que estaba contiguo y que es algo pantanoso. Este arroyo abunda en árboles y más abajo hay buena postería de ñandubay, que es la mejor que se conoce y que no se pudre tan fácilmente bajo de tierra como las otras. Por su hoja me ha parecido ser una especie de "Mimosa". Del otro lado del arroyo vi como una docena de palmas de las que hacen escobas y con las que se hacía algún negocio en otro tiempo. Como ya era pasada la estación no pude determinar su familia. La más alta no excede la estatura humana.

10 ¾. A las diez y tres cuartos llegamos a la estancia de Benítez, que dista de nuestra salida menos de una legua. La casa es de paja y parece tener más comodidades: hay un monte de duraznos y algunas higueras. Mudamos caballos y volvimos los suyos a Mendoza con las mayores demostraciones de agradecimiento al particular agasajo que recibimos de este honrado vecino y de toda su familia.

11 ¼. A las once y cuarto salimos de aquí, y como los caballos que mudamos para cincheros eran los mejores que habíamos encontrado en todo el viaje, y el camino era llano, volaba el coche e íbamos a todo galope; por lo mismo aunque observaba varias piedras, no puedo asegurar si eran calizas, como lo creo, pues he notado que desde lejos blanquean sus canteras calcinadas con el sol, y no se elevan como las de granito rojo que ya iban escaseando, sino que están casi al ras de la tierra, y por lo común se hallan en tierras bajas y a la costa de pequeños arroyos o cañadas. En un paso de unos de estos vi por primera vez grandes pedernales para piedras de fusil.

Mercedes

En lugares altos en vez del granito ocupaban su lugar los asperones rojos de color de ladrillo y tan armoniosamente dispuestos que aun de lejos nos parecían edificios. Por las muchas chácaras y algunas casas de azotea que se veían a una regular distancia del camino y mucho más por la arena que se encontraba en él, colegimos estar cerca del "Río Negro", y, en efecto, a las dos ya vimos su grande arboleda hacia la derecha. En fin, a las dos y media llegamos a Mercedes, que no se ve sino estando muy cerca, por estar este Pueblo fundado sobre la misma costa del Río Negro.

Su situación es de las más bellas: tiene buenos edificios de ladrillo y azoteas, pero esparcidos por haber destruido todas las casas de paja y de palo a pique que componían mucha parte de la población. Nada ha quedado de los cercos con que se formaban las calles a cordel; todos han ido al fuego, no obstante que el monte y la leña estaban próximos. Aún quedan algunas huertas con naranjos y granados; es tierra muy fértil vegetal y que con un poco de arena que tiene mezclada la hace suelta y propia para hortalizas, que se conoce había en otro tiempo.

La Iglesia está bien construida de piedra asperón de color de ladrillo es capaz y puede tener veinte varas de largo y siete de ancho; es elevada con el techo de caballete y de tejuela encalada. Tiene una torrecita agraciada; el cementerio está decente y cercado de ladrillo. No tiene atrio ni pórtico ni orden alguno de arquitectura por dentro ni por fuera, pues el altar principal es de madera dorada y pintada sin columnas ni pilastras y parece compuesta de piezas de varios retablos, a quien han quitado el remate para colocar un escudo de las Mercedes tan mal dibujado como los mamarrachos que están pintados en la entrada de la Sacristía, y que sería mejor pasarles un poco de agua de cal por encima.

La Virgen de Mercedes, que está colocada como titular, es de muy buena escultura, y no cede a la Dolorosa de Canelones. Hay otro altar de Jesús Crucificado, siendo su efigie de tan mala talla como las de las otras Capillas. En esta iglesia hay pila bautismal con todo lo necesario para la administración de Sacramentos, por ser ayudantía de Parroquia de Santo Domingo de Soriano, que dista siete leguas abajo de este río. No hay Cabildo sino un alcalde comisionado y un comandante militar con sesenta hombres, todos vestidos de paisanos, pero bien armados y jóvenes muy escogidos.

Nos alojamos en una casa con techo de paja que estaba abandonada en la plaza, mirando al río, que me dijeron que su dueño se hallaba en Buenos Aires. Había en ella mesas, sillas, una cuja o cama matrimonial y otros varios muebles: la sala solamente era habitable porque al dormitorio le faltaba parte del techo. Ansioso de ver el bosque y este caudaloso Río, bajamos inmediatamente al Puerto: tiene buena playa y una caída suave. Las barrancas aquí son bajas y sus rocas de pedernal para fusil de muy buena calidad. El Río tendrá unas 600 varas de ancho; y hay una isla contigua a la derecha, baja, llena de arboleda y que podrá tener de largo más de mil varas y doscientas de ancho. Entre la costa y esta isla hay abundante agua, pues me aseguran haber pasado bergantines por este canal.

Encontré varios árboles que no conocía: entre ellos varias "mimosas"; una de ellas la llamaban "ñapindá", porque se agarraba a la ropa, y su espina no era alesnada sino en forma de uña y corta, arrojando muchas varazones o mimbres; y aún vi una que subía muy

prácticos del Paso y que corrían con las canoas eran de parecer que no podíamos pasar sin riesgo el Río por el mucho viento que soplaba, y que era preciso lo difiriésemos para el día siguiente. Yo me aproveché de este corto tiempo más para inspeccionar por tercera vez aquellas inmediaciones, tomando por diferente rumbo a pie por un camino que está al E. del Pueblo, llegando hasta un arroyuelo que estará cerca de una milla distante. Observé unas aves de rapiña para mi nuevas ("Falco" Linnei), y otra un poco mayor que un hornero y casi del mismo color, que no pude por la distancia determinar su familia, pero me pareció una especie de "Corvus" Linn.: también dos especies de tunas de penca, una de ellas muy pequeña y muy erizada de espinas larguísimas, y una nueva especie de "heliotrópium". Continuando después por las barrancas abajo, noté mucha tiza o creta, descomposición del "sílex", muy diferente de la tierra blanca que hay en las inmediaciones de Montevideo, que viene a ser una verdadera marga, descomposición de la piedra granito, y muy propia para abonar las tierras.

Supe después volviendo al Pueblo que una legua más abajo había sobre el Río una gran posesión con horno de cal; pero por las piedras que yo encontré en el camino infiero que sea ordinaria y admita muy poca mezcla. Pero como tiene las ventajas de la leña y la conducción por el Río, aun cuando la den la mitad más barata que la de las Minas pueden siempre ganar mucho.

A la tarde fuimos a visitar a algunos de los Diputados que habían llegado para el Congreso que debía celebrarse en esta Villa, y uno de ellos, D. Pedro Bauzá, me preguntó si me habían enseñado el árbol de la sal, así nombrado por la mucha que se extrae de sus cenizas: como yo no tuviese ningún conocimiento de él le supliqué tuviese la bondad de enseñármelo; y así bajamos al bosque que no distaría doscientas varas de donde estábamos, y conseguí no sólo verlo sino también encontrar una que otra flor y fruto, por lo cual me ha parecido deba colocarse en el género "Rauwolfia", arbusto espinoso de hoja enterísima y redonda. Es un buen descubrimiento en estas alturas, donde escasea tanto la sal, y que hace poco se ha hecho por una casualidad. Esta tarde llegaron treinta y tres confinados a caballo con sus líos de ropa, sin prisiones y sin más escolta que el comisionado del Partido.

Acababa también de llegar de Buenos Aires para la Colonia un comerciante inglés, y como nosotros desde nuestra salida de la Plaza de Montevideo no habíamos tenido comunicación alguna, ni papeles públicos, fui a suplicarle me facilitase algunas gacetas inglesas o que nos diese algunas noticias del estado de Europa. No tenía ningunos papeles y sólo nos aseguró que dentro de cinco días estaría sobre Montevideo la expedición española contra este país. Nosotros, aunque habíamos oído algunos rumores acerca de esto, estábamos muy distantes de creerle lo que nos dijo, y por el término de tan pocos días y el empeño que manifestó en persuadirnos esto, comprendimos que lo que él deseaba era que nuestra pobre gente malbaratase y vendiese por medio real los cueros y sebos, que era el objeto principal de su venida; y por lo mismo nos empeñamos en manifestarle todo lo contrario, como así se ha verificado. Es necesario, pues, que sepan nuestros paisanos que ya no es tan común en el comercio aquella buena fe y probidad que aun en el día caracteriza a nuestros honrados hacendados.

10 DE JUNIO

Desde bien temprano vinieron las mulas y caballos que eran necesarios para nuestro viaje a Paisandú, pero se ofrecieron tantas dificultades que fue preciso dejar el coche, resolviéndonos ir a caba-

llo llevando nuestros equipajes con la carretilla. Bajamos al puerto donde ya nos esperaban tres canoas; nos embarcamos en la mayor con todos los equipajes: era toda una pieza y tendría unas doce varas de largo, capaz de cargar doscientos cueros de vaca; no tenía sino dos pequeños y malos remos con otro en la popa y dos grandes cañas que servían de botavaras.

Principiamos nuestra travesía a las doce y tardamos más de un cuarto de hora para llegar a la costa opuesta septentrional. A poco de habernos separado de la orilla encontramos cerca de dos brazas, que fueron continuando casi lo mismo hasta llegar al canal, que está sobre la otra costa. Aquí no encontramos fondo con la botavara que tenía muy cerca de tres brazas y aun me aseguraron que ni con otro tanto lo encontraríamos. La corriente no era mucha, y conjeturo que el canal de esta gran profundidad no tendría de ancho más de cien varas. Volvió después, a pasar la carretilla, que se colocó sobre los bordes de la canoa quedando las ruedas por fuera. En fin, pasaron seis caballos y dos mulas, que costó no poco el hacerles tomar la dirección de la costa opuesta, auxiliándolos la canoa que traía otros cuatro a los lados, sujetos con los frenos y bridas. Uno de nuestros peones, no obstante el mucho frío que hacía, se arrojó a nado dirigiendo él mismo su caballo; pasó con felicidad no obstante que temíamos mucho, porque se había excedido en la bebida. A las dos y media de la tarde ya estaba concluido todo sin el menor tropiezo.

En este estado y prontos ya para marchar observamos que llegaba al Pueblo en tres columnas la división que forma la derecha de la vanguardia del ejército oriental, al mando del señor D. Fructuoso Ribero, y que éste dirigiéndose al puerto en una canoa pequeña, y puesto de pie dentro de ella, en compañía de un oficial venía hacia nosotros. Yo deseaba mucho conocer a este joven por su valor y buen comportamiento. El fue quien en ..... (Guayabo) derrotó a las fuerzas de Buenos Aires mandadas por Dorrego. Me pareció de unos 25 años, de buen personal, carirredondo, de ojos grandes, y modestos, muy atento y que se expresaba con finura. Su traje era sencillo, de bota a la inglesa, pantalón y chaqueta de paño fino azul, sombrero redondo, sin más distintivo que el sable y faja de malla de seda de color carmesí, y este mismo traje vestía su ayudante. En todo guardan una perfecta igualdad estos oficiales y sólo se distinguen por la grandeza de sus acciones y por las que solamente se hacen respetar de sus subalternos. Detestan todo lujo y todo cuanto pueda afeminarlos.

Esta entrevista nos detuvo más de una hora y así salimos de este punto a caballo a las tres y cuartos, y por consiguiente no teníamos de sol arriba de otra hora; y como los caballos eran pocos y fatigados por lo mucho que trabajaron para pasar a nado, resolvimos en atención a esto ir a hacer noche en la primera Posta que dista tres leguas. El camino que tomamos va costeando el Río Negro que dejábamos a la derecha, es llano y carril, asomando a trechos la roca calcárea y el asperón rojo.

Cada uno de nosotros tenía sobre la cabeza una nube de mosquitos (cúlex) que nos seguía, a pesar de que en invierno hay mil veces menos. A la izquierda solíamos dejar varias isletas o bosquecillos de algarrobos ("Mimosa") de cuyos ramos pendían enormes nidos de cotorras ("Psittacus murinus", Linn.), formados de las mismas ramitas erizadas de espinas. Observé otro arbustito que por su traza parecía de la misma familia con la hoja compuesta larguísima y de tres espinas en cada axila o encuentro: la intermedia corva y mayor. Vi por primera vez en el viaje una perdiz grande ("Tétrao tinamon") que es sin duda la mayor que se conoce en esta familia y que reputo ser especie diferente de la mexicana, a que la

reduce Sonini. Eran antes tan comunes que no había chacras ni pajonales en que no se criasen en las inmediaciones de Montevideo, pero en el día son raras las que se traen a la plaza. Eran frecuentes también las palmas de escoba, pero no pude ver ninguna de las que producen dátiles, y que también hay aunque emboscadas. Yo he formado un género nuevo de ella, en otra ocasión, y que se encontrará en mi Flora o en mi Diario de Historia Natural.

A las cinco y veinte habíamos llegado a las taperas de Haedo, que según el lenguaje del país se (en)tiende de lugar en donde se conservan algunos indicios de antigua población. Aquí recibimos la contestación del General ordenándonos que acelerásemos nuestra marcha y que nos esperaba en Paisandú a donde caminábamos. Era ya casi de noche y apenas podíamos leer su contenido, pues nos hallábamos en los días más cortos del año. Aún nos faltaba cerca de legua para llegar a la Posta, y por lo andado me parecía que ésta distaba del Paso de Mercedes unas cuatro leguas. No nos habíamos hasta ahora separado del camino carril y limpio en el que solamente habíamos pasado dos cañadas de poca agua. Pero de aquí en adelante fue preciso dejar el camino para abreviar y meternos en unos pajonales. Era la noche obscura y estos lugares abundan en tigres y por consiguiente no era poco el sobresalto que llevábamos estando tan inmediatos al bosque, fuera del camino y entre espesuras y matorrales. Pero éramos muchos y algunos bien armados y la travesía corta; y así llegamos a la Posta sin novedad alguna, a las seis.

No encontramos aquí a dos peones que habíamos enviado por delante para que carneasen en caso de no haber lo necesario, y así estaban desprevenidos y tuvimos que atenernos a un pedazo de asado. La casa se reducía a un rancho de una sola pieza que servía de cocina y de todo, con una gran hoguera en el medio a la que rodeamos inmediatamente porque la noche estaba muy fría. A más de ser chica la casa estaba ya ocupada en parte por una familia que había venido a guarecerse en ella por esta noche. En fin yo me acomodé sobre una pila de cueros al pie de la hoguera, porque creí de este modo tener menos humo y más abrigo. Mis compañeros durmieron en alto y hacia donde iba el humo y pasaron una noche muy incómoda. Este humo es sumamente craso y pegajoso, pues se tiene la costumbre de ir atizando el fuego arrojando en él una o dos libras de sebo, casi de cuarto en cuarto de hora, excusándose de este modo de candil.

Observé aquí que uno de la casa se ocupaba en hacer esteras de palma de escoba, porque la de dátiles, aunque más fina, es de cortísima duración: hacía también sombreros de muy buena forma del mismo material, o matizados con cerda negra de caballo, y los vendía éstos a cuatro reales y los primeros la mitad menos. El dueño de la casa entendía de curtimbre de cueros y me aseguró que la experiencia le había enseñado que una de las cortezas mejores era la de laurel (una especie nueva "dioica" de este género); que las pieles no tomaban buena tinte negra porque primero las engrasaban mucho, debiendo teñirlas antes. Esta tinta la acostumbran hacer con la yerba del mate y clavos o hierros viejos. Me dijo también que el motivo por que muchas de nuestras suelas se solapaban antes, era porque permitían que secasen los cueros a los rayos ardientes del sol, y que los que para esto se destinan, se estiran estaqueándolos, y que antes de secarse se enrollan y se dejan así hasta que se advierte que sueltan el pelo, y entonces pasan a sujetarlos a todas las demás manipulaciones de las tenerías. Este buen hombre se llama Maestro Félix, que parecía ser un Paraguay muy honrado, y que nos obsequió con cuanto le permitía su pobre situación.

Yo siempre gustaba mucho conversar con nuestras gentes porque sé que más descubrimientos se deben a la casualidad, mejor diré,

a la práctica, que a los vanos y estériles sistemas de la Filosofía: así siempre suscitaba conversaciones útiles y los oía con respeto.

11 DE JUNIO

Luego que amaneció nos levantamos de la cama y nos aprontamos a marchar no obstante que la mañana era crudísima, y de una niebla tan gruesa que más parecía garuga, porque la Posta nada presentaba de aliciente y urgía nuestra comisión. Mientras los caballos se ensillaban me puse a observar los alrededores de la casa que estaba rodeada de una larga estacada de palo a pique por los perros rabiosos que también abundan de este lado. Bajo de una ramada advertí que se acercaban varios pájaros a comer el sebo de vaca, y entre ellos vi por la primera vez un carpintero negro y blanco, especie nueva y a quien he puesto el nombre de "bícolor Picus". El señor Azara dice no haberlo visto sino en el Paraguay y jamás en esta banda. Lo he visto también en Soriano y le llaman "dominicano": andaba solo y no en familias; bajaba también a tierra a comer algún sebo que había quedado de las reses muertas el día antes, todo contrario a las observaciones de dicho autor. Pero el pájaro que más frecuenta y alegra estas pobres chozas y que viene al olor del sebo, es lo que aquí se conoce por "calandria" y que yo he colocado entre los tordos y mirlos, haciendo una especie nueva. Advertí también que la ramada estaba cubierta de hojas de palma, que tendrían lo menos unas cuatro varas, no habiéndolas visto mayores, de modo que con tres o cuatro hojas de éstas estaba bastante cubierta para que el sol no ofendiese ni a la carne ni al sebo que se cuelga debajo de ellas.

Salimos a las ocho y cuarto dirigiéndonos a la estancia de Haedo para tomar algunos caballos, pues los que aquí había eran pocos y malos. Tardamos una hora en llegar atravesando varios pajonales. No había sol porque la neblina lo ocultaba, y así no podía saber qué rumbo seguíamos. ¡Cuál fue por lo mismo mi sorpresa, cuando llegamos a la estancia, que la veía sobre un río y que yo creía el mismo Río Negro, me encuentro que es el Uruguay: muy anchuroso y todo poblado de grandes y hermosas islas! Jamás he visto lugar que más me hechizase: creo que en pocas partes haya derramado la naturaleza a manos llenas ni más bellezas ni más encantos; y ¡qué mortificación para mí no fue tener que tomar otro caballo y salir inmediatamente sin permitirme bajar al Río para observarlo de más cerca y para verlo quizás jamás! Ibamos en diligencia y todo debía posponerse a nuestra comisión. Por lo visto forman estos dos grandes Ríos una gran estrechura que a mi juicio apenas tendrá legua y media y que viene a ser la garganta del famoso "Rincón", que llaman de las "Gallinas", perteneciente a Haedo.

Los caballos que mudamos eran de los mejores bríos y a las once estábamos en el otro puesto que llaman de Haedo (que llaman la Zanja Honda), unas cuatro leguas y media distante. No encontramos en el camino arroyo alguno: se dejaba ver algún ganado vacuno con inmensas yeguadas. Hay en estos campos, en los bajos, muchos venados que se dejan acercar a tiro de fusil. Creo pueden colocarse en el "Cervus mexicanus". Aquí mudamos caballos, comimos un asado y tuvimos que esperar por un poco de agua, pues no había y estaba distante. Habrá legua y media al Uruguay y ya no descubríamos el Río Negro, a pesar de haberse disipado la neblina. El maestro de Postas nos dijo que este río distaría seis leguas; a mí me parecía no habría más de cinco.

Salimos a las doce para ir (a) hacer noche a la posta siguiente de Don Manuel Escalada, que se regulaba en siete leguas.

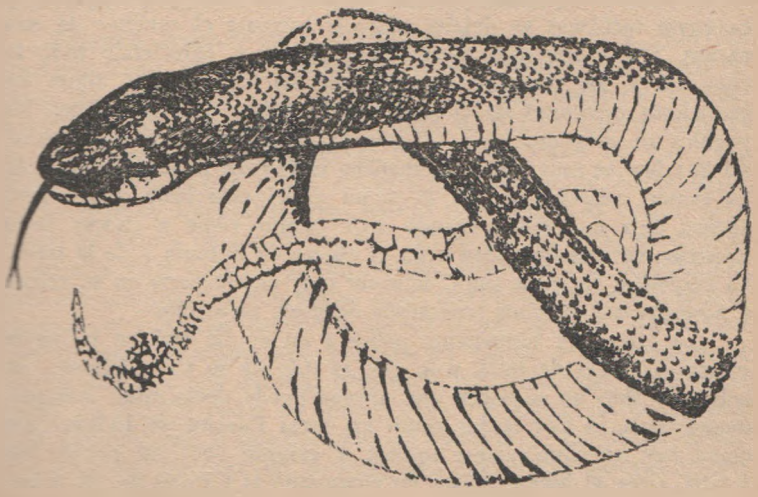
Tampoco hay arroyos sino una que otra cañada; pero son campos malos para galopar, porque las lomas están cubiertas de arena y todas minadas por los peludos ("dasypus..."). Pillamos uno sin trabajo; habiéndolo corrido un poco a caballo y fatigado se dejó tomar por la cola. Lo degollaron y le abrieron el vientre y se le encontraron varias ranas que se había engullido casi enteras. No es muy buena comida, pero nuestra gente no les perdona, porque pierden el campo, haciendo muchos agujeros y van expuestos a rodar. Hay mucho ganado.

A las dos y media oímos muchos cañonazos que continuaron hasta puesto el sol. A las cuatro llegamos a la posta. Yo venía tan fatigado que no deseaba sino tenderme, porque el caballo que me había tocado tenía una marcha tan violenta, que no había músculo ni hueso en mi cuerpo que no me doliese y la noche anterior había sido bien incómoda. Pero, ¡qué desconsuelo fue ver lo que tanto deseábamos! Una choza miserable de unos mal dispuestos cueros, respecto de quien la cocina anterior es un palacio, era el alojamiento que me esperaba. Perros, gallinas, negros y de toda clase de gente hasta doce personas, debíamos dormir juntos en una pieza de cinco a seis varas, de tierra, con un fogón en el medio. Aquí nos tendimos del modo que pudimos y pasamos una noche de las peores del viaje, después de haber cenado otro pedazo de asado y algunas conchas de caldo.

A las dos de la mañana ya nos dispertaron los gallos que estaban sobre nuestra cabeza. A esta hora hicimos atizar el fuego tolerando el gran humo mezclado con sebo por medio soportar el frío de una gran helada que se introducía por todas partes. Se calentó agua, tomamos mate y esperábamos con impaciencia el día para concluir de una vez nuestro viaje, pues ya no distaba Paisandú sino nueve leguas. Toda la noche se llevaron bramando los toros que había en el corral, para matar, y otros más sueltos, que de noche tienen por costumbre venir a los ranchos, que no formaban una música muy agradable para dormir, aun sin el reclamo de los encerrados.

12 DE JUNIO

A las ocho de la mañana estaba ya todo pronto y salimos. A la milla encontramos a Bellaco, y pasamos sus puntas que no forman sino un arroyuelo pantanoso. Tiene mucha arboleda y particularmente palmas de escoba. El mapa que llevaba y todos los que he visto ponen este arroyo sobre Paysandú, y en su lugar un arroyo que



llaman de San Francisco y que está después de Paysandú. Desde aquí principian unos campos cubiertos de cardo asnal y de toda clase de abrojos. En diciembre no habrá quien transite por ellos, pues casi no hay camino sino algunas sendas formadas por el mismo ganado que abunda mucho.

A las cuatro leguas encontramos el arroyo Negro: el paso es hondo pero de cascajo: tiene mucha arboleda para leña y en ellos innumerables palomas torcaces y tórtolas. Son tantas las que observé en estas inmediaciones, nutriéndose de las semillas de los cardos, que creo no exagero si digo que llegaban a millones. A la legua y cinco de nuestra salida está otro arroyo considerable que no se encuentra en el mapa y llaman el Rabón: tiene la misma arboleda, la misma agua y el fondo de la misma naturaleza.

Aquí advertí por primera vez sobre los árboles una tunilla rolliza, con estrías poco notables, y del grueso de una pluma de escribir, que viste los troncos de los árboles viejos de algarrobo de un tercio para arriba, arraigándose en ellos por todo el contorno, con espinitas muy tenues, y al parecer sin lana. Una legua más adelante se encuentra un arroyuelo muy pantanoso que por algunos sauces grandes que le han quedado se llama del Sauce. Todos entran un poco más abajo en el arroyo Negro. Hay también a la legua del Sauce otro arroyuelo nombrado el Cangüé, que dista de Paysandú legua y media y a donde llegamos a las dos y media de la tarde, atravesando hasta aquí inmensos cardales sin encontrar ni un solo rancho.

Paysandú

Es Pueblo de indios que está sobre la costa oriental del Uruguay, a treinta leguas de Mercedes según algunos, y a veintidós según otros, casi N.S. Se puede regular su población de veinticinco vecinos, la mayor parte de indios cristianizados; sus casas, a excepción de cinco o seis, todas son de paja. La Iglesia no se distingue de los demás ranchos, sino en ser mayor, como de unas veinte varas de largo y seis de ancho. No hay retablo, sino un nicho en que está colocada una efigie de María Santísima de unos tres pies de alto, recién retocada, que me parecía obra de los Indios de Misiones, y en cuyas facciones se dejaba traslucir bastante el carácter de esta nación. Ella a sus ojos parecía muy hermosa, pareciendo todo lo contrario a los nuestros. Pero ¿quién ha fijado hasta ahora los verdaderos caracteres de la hermosura? ¿Sobre qué cosa tienen los pueblos ni más caprichos ni más extravagancias que sobre esto? Lo que hoy es muy hermoso, mañana es feo. La moda más ridícula, en siendo adoptada parece lo mejor y del más bello gusto; pero apenas deja de usarse, cuando esto mismo viene a chocar tanto nuestros sentidos que llega a ser el objeto de la burla y de la sátira. La verdadera filosofía, pues, debe ser muy circunspecta en su crítica y nosotros no debemos separarnos de estos principios.

La Iglesia es sumamente pobre y en el día está en la mayor indigencia, falta de todo, y lo que es más de su Cura Párroco, no habiendo sino un suplente que apenas puede decir misa. Antiguamente tenía su Corregidor como los otros Pueblos de Indios, pero ahora hay un Comandante militar, y aunque (es) un pueblo tan infeliz, tiene el honor de ser interinamente la Capital de los orien-

tales, por hallarse en ella su Jefe y toda la plana mayor, con los Diputados de los demás pueblos.

Nuestro alojamiento fue la habitación del General. Esta se componía de dos piezas de azotea, una de cuatro varas y la otra de seis, con otro rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles se reducían a una petaca de cuero y unos catres (sin colchón) que servían de cama y de sofá al mismo tiempo. En cada una de las piezas había una mesa ordinaria como las que se estilan en el campo, una para escribir y otra para comer; me parece que había también un banco y unas tres sillas muy pobres. Todo daba indicio de un verdadero espartanismo.

El General estaba ausente y había ido a comer a bordo de un falucho en que se hallaban los Diputados de Buenos Aires; este buque con una goleta eran los que habían saludado el día antes al General con el mismo motivo, y cuyos cañonazos oímos en el camino. Fuimos recibidos por D. Miguel Manuel Francisco Barreiro, joven de veinticinco años, pariente y Secretario del General, y que ha participado de todos sus trabajos y privaciones; es menudo y débil de complexión, tiene un talento extraordinario, es afluente en su conversación y su semblante es cogitabundo, carácter que no desmienten sus escritos en las largas contestaciones, principalmente con el Gobierno de Buenos Aires, como es bien notorio.

A las cuatro de la tarde llegó el General, el Sr. D. José Artigas, acompañado de un Ayudante y una pequeña escolta. Nos recibió sin la menor etiqueta. En nada parecía un general: su traje era de paisano, y muy sencillo: pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas, zapato y media blanca de algodón; sombrero redondo con gorro blanco, y un capote de bayetón eran todas sus galas, y aún todo esto pobre y viejo. Es hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz algo aguileña; pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años. Su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras, y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinario. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos, y así no hay quien le iguale en el arte de manejarlos. Todos le rodean y todos le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miserias a su lado, no por falta de recursos sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en esta parte y que ha sido uno de los principales motivos de nuestra misión.

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Esta fue correspondiente al tren y boato de nuestro General: un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino, servido en una taza por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados; por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie. Véase aquí en lo que consistió el servicio de nuestra mesa cubierta de unos manteles de algodón de Misiones pero sin servilletas, y aun según supe, mucho de esto era prestado. Acabada la cena nos fuimos a dormir y me cede el General, no sólo su catre de cuero sino también su cuarto, y se retiró a un rancho. No oyó mis excusas, desatendió mi resistencia, y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto. Yo, como no estaba aún bien acostumbrado al espartanismo, no obstante el que ya nos habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

13 DE JUNIO

Muy temprano, así que vino el día, tuvimos en casa al General que nos pilló en cama; nos levantamos inmediatamente, dije misa y se trató del desayuno; pero éste no fue ni de té ni de café, ni leche ni huevos porque no lo había, ni menos el servicio correspondiente; tampoco se sirvió mate, sino un gloriado, que es una especie de punche muy caliente con dos huevos batidos, que con mucho trabajo encontraron. Se hizo un gran jarro, y por medio de una bombilla iba pasando de mano en mano, y no hubo otro recurso que acomodarnos a este espartanismo, a pesar del gran apetito por cosas más sólidas que tenía nuestro vientre, originado de unas aguas tan aperitivas y delicadas, no sirviendo nuestro desayuno sino para avivarlo más.

Yo estaba impaciente por concluir con nuestra comisión, para bajar al puerto y registrar la costa del Río, lo que no pudo conseguir hasta después de la comida que fue enteramente parecida a la cena, con sólo haberle agregado unos bagres amarillos que se pescaron en el Uruguay. Bajamos todos juntos al Río.

Se baja por un camino muy suave y espacioso que tendrá unas veinte cuadras, siendo los dos tercios entre árboles en todo parecidos a los del Río Negro, a excepción de uno que otro que no pude clasificar por falta de caracteres y no ser la estación oportuna. Al acercarnos al Río el camino era arenisco y de arena gruesa; no hay barrancas altas y se explaya bien el Río; hay muchos pedernales sueltos y ágatas en las que la naturaleza ha agotado todos sus caprichos, representando mil figuras como de frutas petrificadas y por tales las tiene el vulgo. Es verdad que sus aguas tienen fama de ser muy petrificadoras, y yo he visto grandes trozos de ñandubay en esta forma. El Río tiene aquí, a mi juicio, una milla, mucho fondo; pues una balandra que estaría como a cien varas contaba unas doce brazas, y una goleta de los diputados, que estaba a doble distancia, tendría unas veinte brazas; y se dice que en la canal no se alcanza el fondo. Su corriente no debe ser muy rápida, porque advertí que pasaba al otro lado con facilidad una canoílla.

En el puerto había unos ranchos que servían de cuerpo de guardia, y en uno de ellos estaban los Jefes de los cuerpos de Buenos Aires, que sostenían a Alvear, y después de su caída fueron remitidos con una barra de grillos a la disposición de nuestro General, que los tenía en custodia con ánimo de volverlos, como después se ha verificado; conducta que ha sido con justicia sumamente aplaudida por los buenos americanos, y que ha acabado de desengañarlos que nuestro Héroe no es una fiera ni un facineroso, como lo habían pintado con negros colores sus émulos o envidiosos de su gloria.

14 DE JUNIO

En este día bajaron a tierra los Diputados de Buenos Aires, Pico y Dr. Rivarola, que nada pudieron tratar hasta no haberse concluido nuestra comisión. Por la tarde llegó un indio de Misiones, capitán de aquellas milicias, con pliegos en que avisaba la retirada de los Paraguayos hasta Candelaria; pedían municiones y armas, que se le dieron y llevaron en una carretilla. Los paraguayos han tenido una conducta muy ambigua y contradictoria y poco han hecho por la causa de América, y después de esto trataban de aumentar su territorio a costa de nuestra Provincia, lo que no podía permitir nuestro General.

Concluimos nuestra comisión y por extraordinario remitimos nuestros pliegos, pues nosotros, yendo en carruaje, debíamos demorarnos más de lo que exigía la importancia de la contestación.

15 DE JUNIO

Salimos a las doce, llegamos a Rabón a las dos y veinte, al arroyo Negro a las tres y diez y a la Posta a las cinco de la tarde, en donde pasamos la noche. Doce personas dormimos en la cocina de ocho varas de largo y cinco de ancho: negros, indios y peones.

16 DE JUNIO

Salimos a las ocho y media y llegamos a galope a la Zanja Honda a las diez y media, distante seis leguas; encontramos en el camino más venados que en parte alguna y se dejan acercar a tiro; arenales y pocos cardos, muchos macachines. Dos leguas antes pasamos las puntas de Román, que abajo tiene arboleda. Comimos en esta Posta un asado y salimos a las doce. Llegamos a la una y media a galope a la estancia de Haedo, en donde vi un chimango todo blanquizco a excepción de la espalda y alas negras y fajas en la cola negruzcas; pies y pico amarillos y una lista confusa sobre los ojos, obscura.

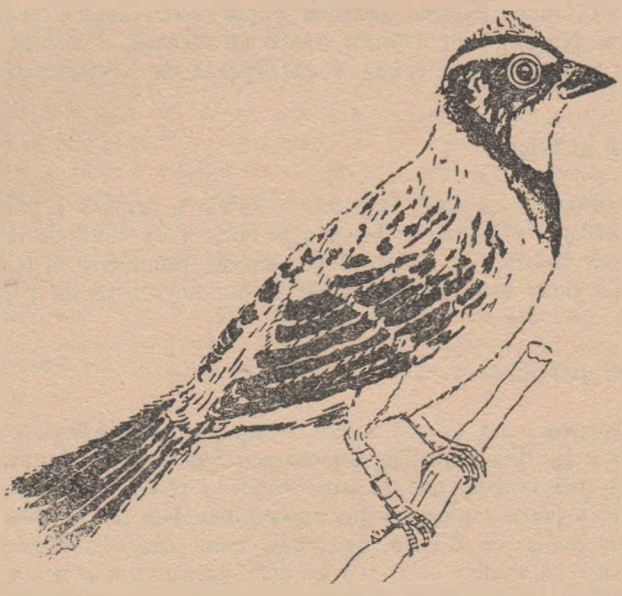
Está esta estancia sobre el Uruguay, veinte cuadras distante; islas enfrente. No encontramos caballos y se nos dijo que en la posta no los había, y así con los mismos salimos al trote a las tres y diez, dirigiéndonos a las taperas de Haedo, en donde no hay ya sino un montecillo de membrillos y algunos duraznos; tardamos tres cuartos de hora en llegar, y se cree hay más de una legua. Bajando esta estancia abandonada hay un arroyo o punta del Río Negro que queda a la izquierda, buen paso con arboleda. A la legua pasaríamos otro arroyuelo y íbamos dejando islas de árboles a uno y otro lado, por lo común de algarrobos y espinillos. En el camino se encuentra piedra calcárea y otra tan roja que a veces he sospechado que haya mercurio.

A las cuatro y media llegamos al paso de Mercedes y a las cinco y tres cuartos estábamos con equipajes, carretillas y doce hombres, que todo condujo de una vez la chalana. Nos alojamos en la misma casa y nuestra cena fue tan parca como la primera vez que llegamos a este Pueblo. En él se hallaba Ribero con su gente de guarnición, joven de buen personal, carirredondo y de bastante desembarazo y urbanidad: él fue el que mandaba en la acción de los Guayabos que ganó a los porteños.

Salida de Mercedes

17 DE JUNIO

Así que salió el sol nos levantamos y se dio orden para que viniesen las mulas y caballos que habíamos dejado, y se aprontó el coche; pero siendo muy pocos los caballos pedimos algunos más al Comandante Ramírez; y como éstos se demoraban nos compusimos con los que teníamos y dejamos cuatro soldados y un sargento



para que tomasen otra ruta, a fin de no molestar tanto al vecindario, debiendo nosotros dirigirnos por Santo Domingo Soriano.

Nuestra salida fue a la una del día; a la media legua pasamos el arroyo Dacá, buen paso y con arboleda. A las tres llegamos a la Posta, que dista de la villa dos leguas y media; el camino está cercado por ambos lados por cardos de Castilla. No se dejan ya ver los peñascos de granito, sino de piedra calcárea que apenas asoman al ras del camino. En seguida de la posta se sigue un arroyuelo que llaman de Ascencio, buen paso y arboleda. Hasta aquí íbamos tan próximos al Río Negro que dejábamos isletas a la izquierda.

Desde aquí principiamos a separarnos de este río, y subimos unas colinas que llaman los Cerritos, muy parecidos en su forma a los de Montevideo, pero que no parecen compuestos de sus piedras pizarrosas, y a lo lejos no parecían sino alguna tosca. En ellos no hay otras plantas que cardo de Castilla y asnal, algún alfilerillo ("Geranium"...). Así que doblamos estas alturas vimos en las cuchillas algunas poblaciones. Ya iban muy fatigados nuestros caballos y nos acercamos a una hacienda que estaba inmediata, y supimos era propiedad del Comandante de Soriano, D. Leonardo Britos. Está bien provista de caballos; una gran majada de ovejas y ganado vacuno, que cubría sus campos inmediatos. Las casas están sobre una colina de piedra calcárea; hay arboleda de duraznos; tomamos un mate con azúcar y nos instaron a que bajásemos del coche, pero ansiosos de llegar no aceptamos su buen agasajo.

A las cuatro y media llegamos al arroyo de las Maulas, que dista unas dos leguas de Soriano; tiene gran arboleda y buen paso. A la legua se nos volcó la carretilla en una barranca, pero felizmente sin daño alguno. Al entrar la noche llegamos a tocar con un pantano por el frente de Soriano, de una legua, que nos dijeron era intransitable para el coche y mucho más de noche, y así preferimos rodear por la cuchilla a la derecha. Nuestros peones no tenían conocimiento de este camino y por no molestar al vecindario no quisimos sacar baqueano de un rancho que había en esta encrucijada y nos contentamos con que nos dijesen el rumbo que debíamos tomar dirigiéndonos a un ombú ("Phitolaca dioica"). Pero a pocos pasos perdimos el camino y nos metidos en unos bosques de cardos, y ya sin tino unas veces caíamos a la derecha y encontrábamos el bañado,

otras a la izquierda y cada vez más se espesaban los cardales. Se fatigaron las mulas y caballos y ya temíamos pasar la noche; pero el gran pesar de ver las luces y ladridos de perros que nos indicaban estar próxima la población; pero queriendo hacer rumbo hacia ella no encontrábamos sino pantanos. Nos fue, pues, preciso pararnos, así para dar descanso a las mulas, como con más sosiego pensar lo que habíamos de hacer en este apuro.

Mientras tanto los mismos peones se derramaron en todas direcciones, y al cabo de buen rato, a una larga distancia gritó uno haber encontrado un buen camino carril hacia la derecha y que sin duda conducía al puente. Esperamos a que retornase para que él mismo nos condujese: pasamos varias barrancas y gran trecho de cardales antes de ponernos en el camino.

Serían las siete y media cuando lo encontramos y fue para nuestra gente de tanta satisfacción y contento que dieron grandes gritos de alegría, y nosotros no la tuvimos menos, pues nuestra pobre gente no había comido en todo el día y nosotros sólo habíamos probado un pedazo de chorizo, y aún esto había sido nuestra cena, que no sé cómo teníamos estómago para unos alimentos tan indigestos. Ello es que a uno de nuestros peones que participó de nuestra cena, le dio un cólico y fue preciso dejarlo en la primera posta. Tan infeliz está el pueblo más rico y de más grandes recursos de esta campaña, que habiendo gastado dos pesos no pudimos cenar otra cosa! En fin, a poco trecho hallamos el puente. Yo estaba en él y creía pasar un riacho, que pasaba por encima, dando el agua por las rodillas de los caballos; al pronto me persuadí que se habrían cegado los ojos del puente o alcantarilla y de este modo se habría inundado; pero supe después que nunca fue puente, sino una calzada, que nos sirvió no poco para ahorrar estos grandes bañados que circundan a Soriano. Habrá media legua del puente a este Pueblo, y el campo que sigue es llano aunque bastante arenoso. Cerca de las ocho llegamos, y nos bajamos en casa del Comandante D. Leonardo Britos.

Santo Domingo de Soriano

Era tan triste la idea que nos habían hecho concebir los de Mercedes, o los Capilleros, de este Pueblo, y aun el mismo camino que habíamos traído principalmente en su entrada, que creí encontrarme en un pueblo miserabilísimo. Pero al entrar en él encontré una calle larga, ancha, bien cercada de tunales ("cactus cireus") altos, muy llana, de una pendiente muy suave, sin pantanos ni barriales, sino que caminábamos sobre un terreno firme con una pequeña porción de arena, que contribuía al aseo de las calles; al mismo tiempo la manzana en donde nos alojamos era la mayor parte de los edificios bien construidos, que creí ser esta población superior a Mercedes. A esta idea no contribuyó poco el grande acogimiento que experimentamos por parte del Comandante y de toda su honrada familia. Se nos puso una cena abundante con todo el servicio que podíamos encontrar en una ciudad. Se nos destinó una casa por separado para nuestra gente, también de azotea, con abundancia de carne, leña y agua; y a nosotros se nos preparó en su misma habitación, una pieza con camas más que decentes, de muchos volados, sillas, mesa y recado de escribir, no habiendo per-

mitido que desliásemos nuestros equipajes. En fin, con esto reparamos en gran parte los trabajos pasados, y dormimos muy tranquilamente, sin que nos incomodasen ni el humo grasiento de las cocinas, ni los gallos y perros, y de consiguiente las pulgadas de las jornadas anteriores.

18 DE JUNIO

Así que amaneció, mi primer cuidado fue salir a la calle a observar el pueblo, dirigiéndome a la Iglesia para celebrar; pero estando aún cerrada seguí hasta el puerto, que distará de la población unas seiscientas varas. No se veían de esta parte sino edificios arruinados, y apenas algunos vestigios de otros que fueron incendiados por una expedición que vino por el Río desde Montevideo, y en que padeció este pueblo en todo el resto de ella, habiendo sido tratado con todo el rigor de la guerra, no quedándoles casi nada de lo que tenían estos infelices. El puerto es bueno, con buen desembarcadero, sin barrancas ni malas subidas de pantanos, en playa arenisca, y todo aquel frente enteramente libre de bosques y arraigones como en Mercedes. Tendrá aquí el Río Negro cerca de una milla de ancho, y se manejan con canoas como en Mercedes, aunque también vi que había un bote correspondiente a un inglés que se había metido a leñatero y a quien compré una jaula con diez urracas por dos pesos. Este extranjero ya tenía una balandra que viaja a Buenos Aires, no habiendo sido sino un soldado.

A las ocho y media procuré por el sacristán que me abriese la Iglesia para poder celebrar; al entrar en este templo me sentí poseído de un respeto y devoción extraordinaria al considerar que éste fue el primer lugar consagrado al Dios verdadero en esta nuestra Provincia Oriental, Matriz de toda esta campaña, y que aún disputa su vecindario la antigüedad a Buenos Aires, aunque los más convienen ser su fundación treinta años posterior solamente. Aumentaba mucho más mi devoción, por haber oído la noche anterior algunas devotas tradiciones que conservaban algunos respetables ancianos, descendientes de los chanás, una pequeña tribu de las muchas naciones que poblaban esta banda. Por varias conversaciones que tuve con esta buena gente deduje: que un religioso de la orden de Predicadores (cuyo nombre no pude averiguar; algunos dicen se llamaba Fray Agustín), en virtud del instituto de esta orden había pasado a esta banda y predicado el Evangelio a la grande y belicosa nación de los Charrúas, y que aunque al principio fue bien recibido, luego lo abandonaron, y que sabido por esta pequeña nación de los chanás sus enemigos, ellos mismos espontáneamente buscaron al Misionero apostólico y se convirtieron al verdadero Dios; fundaron su pueblo un poco distante de donde era hoy; pero perseguidos por los charrúas se retiraron a las islas, y aún allí eran molestados, hasta que aumentando sus defensas pasaron a fundarlo en este lugar, rodeando el templo de una gran estacada a donde se refugiaban a cualquier alarma.

Aún se conserva en este templo en su altar mayor una pequeña efigie de la Virgen del Rosario a quien este vecindario confiesa deber muchos y particulares favores del cielo. Está retocada y bien conservada, puesta en un gran nicho, pero tan obscuro que no pude distinguirla bien, pero me pareció regular. Sobre este nicho hay un lienzo de cerca de vara, mal colocado y oculto mucha parte por el nicho de la Virgen, que no pude comprender bien lo que representaba: me pareció ser un Salvador que tenía en las manos un lienzo de Sto. Domingo de Guzmán, y presentando a un religioso que está arrodillado, y que con mucha devoción recibía en sus

manos este presente del cielo; a los lados veía otras dos figuras que según supe después eran la Dolorosa y San Juan, y que el Religioso fue el Apóstol de estas gentes. Ellas creen que este es un pasaje verdadero, pero sea lo que fuere de esto, el cuadro es de lo mejor que hay en la Iglesia, pues el otro de Sto. Domingo y Virgen del Carmen que hay en otro altar a la derecha es muy chabacano; lo mismo que las efigies que hay en otro a la izquierda de S. D. y S. J.

La Iglesia está hecha de nuevo: es de ladrillo y barro y con el techo de tejuela, pero que se llueve toda, y me parece que sea por falta de tirantes o buen enmaderado, aunque los vecinos creen dependa de los muchos balazos que recibió de los barcos enemigos y que la estremecieron toda. Tendrá de largo unas treinta varas con el pórtico sobre que está el coro; tiene arriba una pequeña espadaña con dos campanas, pila bautismal y buena sacristía con ornamentos preciosos. La casa capitular está en frente, de azotea con una pieza contigua para escuela de primeras letras.

Después de misa dimos una vuelta por el pueblo, que aunque me pareció menor que anoche, no por eso deja de ser tan bueno como Mercedes, ni encuentro motivo para que se quiera despojar de las prerrogativas que le competen como Parroquia Matriz tan antigua. Tiene dos calles principales de E. O., de unas cinco cuadras, y pueden extenderse hasta la loma más de una milla las traveseras correspondientes; hay muy buenas casas de ladrillo de mucha comodidad y algunas con rejas a la calle; casas de abasto provista de cuanto buscamos. Entramos en varias huertas en donde observé que la tierra no es ingrata, y que dan bien los duraznos, damascos, olivos y más que todo naranjos, habiendo en una de ellas cerca de doscientos; producen bien las batatas y zapallos en tierra arenisca. Esto juntamente con la salubridad del clima, pues he encontrado personas muy ancianas, la buena agua, leña y buen puerto más cercano que el de Mercedes, creo sean motivos bastantes para que se les mire con respeto y más consideración que hasta la presente.

A la una, después de haber comido muy decentemente, y tomado café, nos despedimos con la mayor urbanidad y agradecimiento; pero no satisfecho aún nuestro generoso Comandante con los obsequios anteriores, nos llevó al coche para el camino dos grandes sandías, que para el tiempo son raras, y dos buenos quesos, los que agregados al pan, vino, naranjas que compramos a cinco por medio, no temíamos pasar la noche en el campo en caso de volvernos a perder, bien que nuestra jornada debía ser corta, por ser nuestro destino el pueblo de San Salvador, distante solamente de cuatro a cinco leguas.

Tomamos el mismo camino del puente, por donde entramos anoche, dejando a la izquierda el Río Negro con grandes arenales: no hay piedra ni tosca y solamente advertí muy cerca del Pueblo a uno y otro lado muchas conchas fósiles con que se puede hacer cal, y que me parecieron de la misma especie que las de Buenos Aires, y que aún se encuentran vivas en el Río de la Plata y Puerto de Montevideo ("Mya labiata", Frans. pl. londs.). A las dos leguas y media encontramos un arroyo, el Bizcocho, con arboleda y buen paso; sobre él está la estancia de la Virgen de Soriano, sin advertir ganado; sigue después la cañada de Magallán, también con algunos árboles y buen paso; poco después principiamos a ver el Pueblo y arroyo de San Salvador; pero fue preciso seguir más arriba al paso de la Cruz, porque el otro que está frente del Pueblo está a nado y se necesita de bote. Este riacho tiene barrancas muy profundas y aun la arboleda está dentro de ellas, de modo que debe tener muy pocos pasos para carruajes. El de la Cruz es ancho, de buen fondo y el agua llegaba apenas al encuentro; habrá como una milla del Pueblo, al que llegamos a las cuatro y media de la tarde.

Pueblo de San Salvador

Nos dirigimos a casa del Cura interino, el Rdo. P. Lector Fr. Mariano Piedrabuena, por el conocimiento que teníamos y por ser muy íntimo amigo y hermano de la misma orden seráfica que nuestro compañero el Rdo. P. Lector Fr. José Lamas. Así que nos vio nos recibió con los brazos abiertos celebrando infinito nuestra sociedad, que otro tanto le fue grata cuando menos la esperaba. El que está acostumbrado a vivir en pueblos grandes, y mucho más un religioso que por su instituto vive en comunidad, rodeado siempre de personas ilustradas de que abundan estas órdenes religiosas de América, extraña más que ninguno estos destinos, y ama en extremo la sociedad, y lejos de ser unos misántropos y egoístas, como quieren los libertinos, son los que más miran por el bien común y, como personas desinteresadas y acostumbradas a vivir con poco, son por hábito generosas y llenas de una paternidad que no es muy común en los otros estados. Ello es que este buen religioso no supo qué hacerse: nos ofreció mate, café, licores, cigarros y todo cuanto su situación le permitía. Estimado sobremanera de su pequeño Pueblo, a la menor insinuación se puso todo en movimiento; no hubo vecino que no viniese a saludarnos, y llegada la hora de la cena pocos fueron los ranchos de donde no viniera un presente; de modo que tuvimos una cena abundante, y se puso una mesa como de comunidad, asistiendo a ella todos los vecinos respetables; el rato fue muy bueno y muy agradable y lleno de mil chistes. Al fin de la mesa hablamos de muchas ideas útiles y de los mejores sentimientos de aquellas honradas gentes, sobre el fomento, progreso y educación de su Pueblo, inspirados en la mayor parte por su cura.

El Pueblo es pequeño, de unas veinte familias, todo él de ranchos de paja pero con cerco formando calle a cordel: hay ya un horno para ladrillo y principian a construirse casas de este material. La Iglesia es también de paja de unas diez y seis varas, enlucida y blanqueada por dentro. No tiene sino un altar con un gran nicho en que está la Patrona, que es una Dolorosa de dos pies de alto y de muy buena escultura. Todo está con el mayor aseo.

19 DE JUNIO

Por la mañana supimos que había llegado al puerto un buque de Buenos Aires, que traía la noticia que Pezuela continuaba retirándose y que ya había pasado el Desaguadero y que Rondeau ocupaba a Potosí y Chuquisaca. Fuí al puerto que dista a lo menos quince cuadras, buen camino; me pareció bueno y cómodo: la balandra estaba amarrada como en el Riachuelo, atracada a la costa en donde no hay piedra alguna, y por medio de una tabla o plancha bajaban en tierra y cargaban; me dijeron los mismos del buque que el Río tiene de dos a dos y media brazas, que no habían experimentado mayor corriente cuando subía y que desemboca en el Uruguay a cosa de seis leguas.

Los vecinos se quejaban de los trabajos que habían sufrido con las repetidas mudanzas del pueblo que ya llevaba cuatro. La primera sobre el Espinillo; la segunda sobre el Uruguay, entre éste y el Espinillo; la tercera otra vez en el Espinillo; y la cuarta por último donde hoy está sobre el San Salvador, hace trece años; pero que el lugar más a propósito es el Uruguay, por la mejor agua, leña, pescado en abundancia, etc., y que por intereses particulares sostenidos por un Asesor del antiguo Gobierno, se les había desalojado

a pesar de mil fundadas representaciones de unas claras ventajas al Estado.

Otra de sus quejas de que ya habían informado a su Diputado, era los gastos que hacían obligándoles a ir a la Colonia con sus frutos como puerto preciso para pagar un real y medio por cada cuero, pudiendo en su puerto cobrarse este derecho. Yo creo muy bien que esta renta, en caso de subsistir por las urgencias presentes, podría administrarse como la de Correos, y aún el mismo administrador o Comandante podría cobrarla.

A las diez después de un buen almuerzo, salimos acompañados del Cura, Comandante y otros vecinos para la posta del Espinillo. Hay tres leguas a este lugar, y todo el campo está cubierto de cardo asnal, no habiendo encontrado más que una cañada a la media legua, que llaman de Fulgencio. El camino es bueno y llano sin piedras ni pantanos.

Llegamos a la posta a las once y media: ya estaba preparada la comida por dirección del mismo Cura, y fue aún más abundante. Cerca de la una y media salimos para las Víboras, jornada de seis a siete leguas. El camino es tan llano como el anterior, pero cesaban los cardos y por mucho trecho no encontramos sino el "Echium" y "Geranio" o alfilerillo. Pasamos a las tres leguas dos arroyuelos que llaman Arenal Chico y Arenal Grande. Sigue después a las dos leguas y media un arroyo que llaman de Polancos, sin arboleda y con mucho ganado en estas inmediaciones, pertenecientes a D. Gregorio Illescas, que es la única casa que estaba en el camino; mudamos caballos y con tres tiros nos pusimos en el Pueblo de las Víboras, que tiene a su entrada unas doce cuadras de bosque: el Pueblo está del otro lado del arroyo, cuyo paso es algo pantanoso, y adonde llegamos a las seis de la noche y nos acomodamos en lo del Comandante Cepeda, en donde cenamos con un regular servicio y sin escasez, y dormimos sobre catres de cuero.

Pueblo de las Víboras

20 DE JUNIO

Me levanté al ser de día, y pasé a ver la Iglesia parroquial que teníamos enfrente. Por fuera no presenta sino un rancho miserable de paja como de unas veinte varas de largo y parecía una de las más pobres capillas de campaña; pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando entrando en ella ví un retablo que, aunque de gusto antiguo, era el mejor de todo el viaje; y tenía algunos visos de arquitectura con varias pilastras y dos columnas salomónicas, con capiteles compuestos; tenía muchos dibujos y floripondios dorados con campo azul: en él está la Virgen de Remedios vestida y de regular rostro. El sagrario es de estilo más moderno con pilastras estriadas de orden jónico. En otro aitar a la izquierda sin retablo, estaba una efigie del Carmen, de vestir, también regular. Pero lo que más me agradó fue el púlpito, que tenía pintados en sus cuatro fases los cuatro evangelistas, y en las tablas que cubren las gradas para subir, una Magdalena postrada con un Crucifijo en las manos, con la mayor expresión, y me ha parecido todo ejecutado por mano maestra y con valentía, principalmente la Magdalena. Hay dos buenos confesionarios de cedro, dos lámparas doradas, buenos ciriales

con cruz parroquial, buenos ornamentos y un cáliz de plata muy bien dorado, y de una forma y gusto tan exquisito que no lo he visto mejor en parte alguna. Yo celebré en esta Iglesia, y por ausencia del Cura que estaba en Buenos Aires hicimos con mi compañero, el oficio de sepultura de un párvulo con toda la solemnidad posible, todo graciosamente para corresponder de algún modo a los obsequios y auxilios que nos proporcionó el vecindario. Supe después que así el retablo como el púlpito vinieron de Buenos Aires y que habían pertenecido en otro tiempo al Monserrate.

Pasé después a ver el Pueblo que está casi emboscado, y aún tiene muchos árboles en su contorno: el terreno es muy desigual: las casas todas de paja, pero muy esparcidas, y tendrá casi la misma población que San Salvador, a pesar de ser mucho más antiguo; ni creo pueda progresar porque los vecinos no tienen tierras, debiendo pagar el arrendamiento de la semilla que siembran: y todos aquellos contornos, lo que está libre de bosque, está lleno de abrojales y otras yerbas perjudiciales. Así es que estos vecinos han deseado siempre trasladarse a la costa del Uruguay, Puerto de las Vacas, distante tres leguas solamente, en donde sin duda estaría mil veces mejor y con mejor agua, pues la del Pueblo es pésima; pero un individuo poderoso se ha apropiado aquellas tierras y las tiene enteramente despobladas, no permitiendo ni que se construya un rancho en aquel Puerto, teniendo que venir los que aquí se desembarcan a pie hasta el Pueblo por no encontrar auxilio ni albergue alguno.

Cerca de las once después del desayuno salimos acompañados del Comandante para San Juan, que dista unas doce leguas. A poca distancia ya principió a ser el campo de diferente naturaleza y lleno de hermosa grama. A las dos leguas y media encontramos el arroyo de las Vacas con tanta o más arboleda que el de las Víboras, dejándose ver hasta sobre las cuchillas, cosa que no había observado ni aún en el Río Negro. En estos bosques conocí el famoso yandubai de que tanto negocio se hace, y aunque sin flor ni fruto, tiene todo el hábito de una "Mimosa espinosa". Pero ni aun en estos grandes bosques encontré un árbol propio para construcción de edificios ni embarcaciones, y cuando más para unas pequeñas curvas y postería.

El paso era bueno y arenoso, despidiéndose en él nuestro Comandante que tuvo la atención de acompañarnos, dejándonos un baqueano para que nos condujese en adelante. En estas inmediaciones encontramos uno o dos ranchos muy pobres; en adelante no vimos ninguno, ni ganado, sino alguna yeguada hasta San Juan, campo todo él perteneciente a una estancia que era de los Jesuitas, y en el día pertenece a la Casa de Huérfanas de Buenos Aires. Todo este terreno es un campo muy limpio, de un camino muy igual, sin pantanos.

A las seis leguas de nuestra salida encontramos el arroyo que llaman de las Tunas con paso arenisco, poca agua y alguna arboleda. A dos leguas después principiamos a ver los cerros que llaman de San Juan, que aun lejos con el sol y a causa de los líquenes de que están vestidos, sus peñascos nos parecieron médanos de arena. Aquí pusimos tres tiros porque se iba acabando el día y no había posada alguna en que nos pudiéramos recoger (nos) aquella noche.

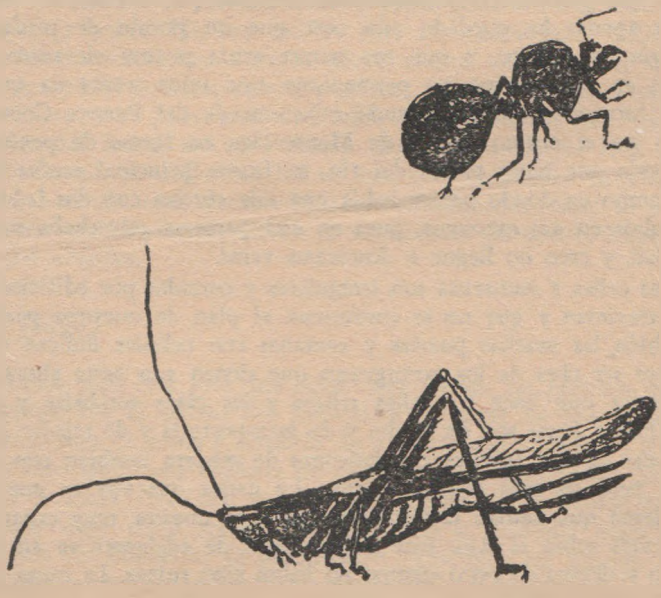
Con este auxilio más galopamos hasta enfrentar con los cerros en donde ya el camino principió a ser áspero. Estos cerros son poco elevados y serán poco más altos que los cerrillos de Montevideo, aunque uno de ellos más extendido. Están bien cubiertos de verde, con algunos peñascos, que me parecieron de granito, según las piedras que aparecían en el camino, no teniendo tiempo para examinarlas porque el tiempo urgía. Luego inmediatamente encontramos

un arroyuelo peñascoso y de arboleda que llaman Miguelete; y a la legua el de San Juan que es de más arboleda; para ir a la casa de nuestro destino tuvimos que tomar hacia la izquierda buscando un paso excelente de arena; y del otro lado como a seis cuadras llegamos a nuestra posada a las seis de la noche. Era un rancho miserable que amenazaba ruina y estaba todo apuntalado: en fin no encontramos ni carne ni más lugar que la cocina en donde guarecernos alrededor de una gran hoguera; pasamos una noche con la misma incomodidad que las que experimentamos de la otra banda del Río Negro: hay muchos tigres, que no era otra menor aflicción. Si las tierras estuviesen mejor repartidas, no habría estos grandes desiertos, en las inmediaciones de las fecundas riberas del gran Río de la Plata. La casa adonde paramos dista una sola legua del Puerto de San Juan, en donde debía hacerse una población, dándoles tierras competentes para chácaras, etc.

21 DE JUNIO

A las nueve salimos para la Colonia, que dista seis leguas solamente por buen camino, pero siempre rodeados de cardales de Castilla. No se encuentra sino un arroyuelo con poca arboleda a las dos leguas y media de nuestra salida: llevaba tan poca agua que de un salto se puede salvar: el paso es de arena y cascajo. Aquí hubo una acción con los ingleses.

Cerca de las doce y media llegamos al Real de San Carlos, que en otro tiempo era uno de los paseos de la Colonia: pero en el día no hay más que unos cercos de tuna destruidos, encerrando grandes cardales con una chocita miserable dentro; no hay sino una pobre casa de teja y una Iglesia pobre de lo mismo con las paredes de adobo. Desde aquí vimos la primera vez el majestuoso y anchuroso Río de la Plata que se confunde con el Océano; y enfrente la Colonia del Sacramento, a una legua de distancia hacia el Sur, que tiene muy buena vista desde aquí, conviniendo todos que su puerto y situación se parecían mucho a la de Montevideo, aunque en pequeño. Islas, etc. A la una y media llegamos a la Colonia.



Colonia

Entramos por sobre ruinas, que indicaban que algún tiempo fue un pueblo rico y opulento: y en efecto fue el depósito del gran comercio clandestino que por muchos años hicieron los portugueses con Buenos Aires y de consiguiente depósito de mucha parte de las riquezas del Perú: así es que en el pequeño recinto de tres o cuatro cuadras de diámetro que tendrá el área de este pueblo se dejan ver de cinco a seis templos, y algunos de un gusto que en aquella fecha aún no teníamos, arreglados a una muy regular arquitectura. Tal es la que hoy sirve de Parroquia, bien que renovada y que se parece bastante al bello templo del Hospital de Montevideo: tiene dos torres graciosas, elevadas, que terminan en pirámide: un coro de un arco muy plano y atrevido: un bautisterio a la izquierda de la entrada con una pila de jaspe muy hermoso: a la derecha se dejaba ver una columna que casi está oculta en la nueva obra y que hacía parte de una escalera para subir a la torre. Esta Iglesia está poco adornada por dentro, y no hay sino un gran nicho en el altar mayor con una efigie del Carmen casi al natural, vestida y de muy hermosas facciones: a la derecha en el presbiterio había otro altar del Sacramento con muy buenas efigies a los lados.

La Sacristía que está por detrás, es espaciosa y muy bien distribuida: en ella encontré dos cuadros pintados al óleo como de vara de alto, de los Patriarcas Santo Domingo y San Francisco, que merecen estar más bien colocados, pareciéndome el último una pintura del tiempo de las bellas artes en Roma; pero ya está toda desprendida del marco y dentro de poco no valdrá nada. Hay a más de esto un templete casi sobre los muros que miran al O. que aún se conserva entero, muy bien vestido de adornos de moderna arquitectura, y que me dijeron tenía por titular a San Pedro de Alcántara. En él apenas cabría un altar y era como una capilla militar con su panteón por debajo. Poco antes de entrar en el Pueblo observé una columna al lado del camino, con su pedestal, pero sin capitel, que es lo único que ha quedado de otra Iglesia que llaman de la Concepción, con cuatro bóvedas subterráneas que aún se conservan.

Este pueblo estaba amurallado con foso por el lado del campo, pero apenas ha quedado otra cosa que un portón de piedra de sillería de granito, y que me parece tenía puente elevadizo: del resto en el contorno no permanecen sino unos trozos en que se han formado baterías mirando a la entrada del Puerto. Como su plan era el mismo que el de Montevideo en forma de península, rodeado por todas partes del río, su fuerza principal estaba hacia el campo en donde parece había una sola cortina con dos baluartes o cubos en sus extremos, pues en esta parte se estrechaba más la ciudad, y creo no llegue a doscientas varas.

Las calles y manzanas son irregulares y cortadas por edificios que se atraviesan y que no se conforman al plan de nuestros pueblos: también las muchas puertas y ventanas con celosías indican claramente ser obra de los portugueses que tienen aun hasta ahora esta ridiculez que hace las calles tristes y las casas sombrías y poco saludables. Estas son de piedra y de mampostería y de tejado: había algunas de dos cuerpos con balcones de madera también con celosías, pero las más están en ruina. Lo mejor que hay es una casa moderna que llaman la Comandancia, obra nuestra, muy capaz con balcones sobre el Río. Este Pueblo lejos de adelantar va en deterioro y dentro de poco tiempo no habrá sino ruinas. La causa prin-

cipal, según he averiguado, consiste en que no han querido darse en propiedad aquellos solares y nadie quiere edificar en tierra ajena.

Hay muy poca población, y creo no pase de cincuenta familias: ello es que las calles y plaza están llenas de yerbas, abundando principalmente la espinaca... que se cría espontáneamente, y que no la he visto en otra parte. No hay sino un sacerdote que es el Párroco; un cabildo secular de pocos capitulares: un comandante militar con sesenta hombres de guarnición.

Acaba de habilitarse este Puerto por el Jefe de los Orientales con un Administrador de Aduana, que es al mismo tiempo Ministro de Hacienda y Comandante del Resguardo: hay en el día gran negocio de cueros, y ya tienen los ingleses en su inmediación un matadero: había en el Puerto dos buques pequeños solamente con el pabellón británico. Los buques de mayor porte quedan más afuera al abrigo de varias islas que defienden del viento S.O. o pampero, que es el más temible en este Río.

El embarcadero está al Norte: no hay muelle y toda la costa en contorno es áspera y brava como la de Montevideo, pero no de granito sino de piedra pizarra con la que están construidos todos los edificios de este Pueblo. La parte del E. del Puerto forma una ensenada con grandes arenales: en fin es casi en todo un Montevideo en pequeño.

22 DE JUNIO

Salimos de la Colonia a las nueve, que dista del Colla para donde íbamos a hacer jornada, once leguas tomando el camino de abajo: a las tres leguas encontramos el Riachuelo con arboleda y buen paso: se sigue después el Sauce también con arboleda y paso de cascajo. Hay hacia la barra de este arroyo que entra en el Plata, un puerto bastante cómodo y en el que alguna vez entraron las fragatas de Medina para cargar por su muelle provisional. Después encontramos el Minuán, que es un bañado de los más pantanosos que hemos visto en el viaje, y bastante ancho, y distará del anterior como media legua, y de este al Colla (a las cuatro y media de la tarde) tres leguas y media. La población está en una llanura antes del arroyo de este nombre. Las casas están derramadas y son pocas. La Iglesia de paja de la misma forma que las anteriores, con una imagen del Rosario en un mal nicho y papel pintado en el testero; es obscura y pobre. No hay cabildo sino un Comandante militar. Los vecinos sostienen un antiguo pleito contra un particular que quiere apropiarse aquellas tierras, y lo han reducido a unas miserables chácaras entre peñascales. El Pueblo debía estar fundado sobre el Puerto del Sauce, en cuyo rincón hay abundancia de leña de espinillo de que se utilizarían los vecinos y lo limpiarían en parte, estando en el día unas tierras excelentes abandonadas. Aquí ví por la primera vez un avestruz albino ya sumamente doméstico. Fuimos muy bien alojados.

23 DE JUNIO

Salimos para San José que dista trece leguas. Lo primero que encontramos fue el arroyo del Rosario, a distancia de una legua: tiene buen paso de arena y arboleda. La estancia que llaman del Rey está del otro lado, toda cubierta de chircales (una especie de "Molina" de la Flora Peruana) y llega hasta Cufré que es hondo con arboleda y dista cinco leguas. A este arroyo se extendía antes la jurisdicción del Gobierno de Montevideo. Principian las gramas. Se sigue después Pavón, arroyo con mucha caída y hondo en lo de

Durán, que está a tres leguas. En la Posta fue preso el Virrey Marqués de Sobremonte en febrero de 1807 por las tropas de Buenos Aires, después de la toma de Montevideo por los ingleses en 3 del mismo. A las cinco y media de la tarde llegamos a San José, que dista de Pavón cuatro leguas.

24 DE JUNIO

Salimos a las once de la mañana para Canelones, 9 leguas, pasando este río por el paso de José Ignacio con mucho bañado, a dos leguas del Pueblo, río abajo: por este camino Cañancha es pantanoso con alguno que otro árbol: el camino es muy llano hasta Santa Lucía: no hay piedras y tienen para salida las aguas y así hay varios pantanos. Vimos un hombre de la estancia de Chopitea a más de dos leguas. A las cuatro de la tarde pasamos Santa Lucía y no llegaba el agua a los encuentros. No llegamos a la Villa para no detenernos y en un vado mudamos caballos, y caída la tarde ví que una grande banda de tordos en forma de pasa se dirigían hacia el bosque, volando muy rastreros, naturalmente a pasar la noche entre los pajonales. Había llovido a la media legua del paso y fue fortuna que no hubiéramos tenido las mismas aventuras. A las seis llegamos a Canelones. Estaban en el rosario y advertí que tenían órgano con un buen organista indio o de Misiones.

25 DE JUNIO

Salimos a las doce y llegamos a lo del Regidor, una legua de la ciudad, a las cinco y media donde pasamos la noche; supimos que ya salía la gente de Otorguez.

26 DE JUNIO

Salimos a las nueve y llegamos a las diez y tres cuartos a la casa capitular en donde dimos cuenta de nuestra misión.

Los ojos ávidos de un intelectual del Siglo de las Luces recorren con amor nuestro suelo y retratan las cosas y los hombres.

ENCICLOPEDIA URUGUAYA 2

Copyright Editorial ARCA S. R. L., Colonia 1263, Montevid
Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S.
Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición ampara
en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Pape
Mayo de 1968.